

Sancho Saldaña,

ó

EL CASTELLANO DE CUELLAR.

SANCHO SALDAÑA,

ó

El Castellano de Guellar:

novela histórica original del siglo XIII

POR

D. JOSÉ DE ESPRONCÉDA.

TOMO VI.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1834.

Reg. 1859

Sancho Saldaña,
ó
el Castellano de Cuellar.

~~~~~  
**CAPITULO XXXVI.**

---

*Don Juan.*

. . . . . Por estotra puerta  
te puedes ir. . . . .

*(Trampa Adelante. Comedia de don Agustín Moreto.)*

**L**UEGO que Esther ó Zoraida fue declarada inocente, prorumpió el pueblo en infinitos vivas y estrepitosas aclamaciones dando el parabien por su victoria al guerrero que tan generosamente habia tomado á su cargo salvar aquella muger desvalida. Los que ocupaban los tejados de los conventos se desprendieron todos á cual mas ligeros con intencion de verle de cerca, palparle si era posible, y

satisfacer su curiosidad conociendo á tan intrépido caballero. Los que habian tomado puesto en el llano se empujaron y comprimieron para acercarse mas al palenque, y en todas partes resonaban los aplausos, crecia el entusiasmo, los vivas, los bravos llenaban confusamente los aires, y el espacioso Campo retemblaba sacudido con tanto estruendo. Los jueces y los maestros de campo dieron tambien la enhorabuena al vencedor, habiendo quedado satisfechos de su comportamiento, y en habiendo concluidos las ceremonias de uso, se retiraron del palenque con la misma pompa y el mismo orden con que habian venido. Pero antes de que hubiesen salido, ya el judío tenia abrazada á su hija, que sollozaba en sus brazos, y como si estuviera demente gritaba, lloraba, saltaba, y la cubria de besos con tanta avaricia como ternura. Ni uno ni otro pudieron pronunciar una sola palabra por mucho tiempo. Miradas, sollozos, lágrimas y estrechísimos y convulsivos abrazos y gritos inarticulados fue úni-

(3)

camente lo que espresó el gozo del primer momento, y luego los mismos estremos que hacian, comunicando nueva convulsion á sus nervios, mil y mil veces la estrechaba su padre de nuevo y ella á él, y cada vez con mas fuerza. Y su voz interrumpida, cortada, ahogada con los anhelosos latidos de sus corazones, podia solo de cuando en cuando proferir ¡hija mia! ¡padre mio! y hubiérase dicho que él no se contentaba con tenerla alli, ni con besarla, ni con apretarla á su corazon, sino que queria convertirse en ella misma, esconderla dentro de su corazon para que nadie la tocara ni el aire la ofendiera, y llevarla alli, y mirarla, y acariciarla, no ya como un padre, sino como la madre mas cariñosa. La espresion de su alegría se comunicaba á todos los espectadores, que asimismo lloraban, y con semblantes llenos de lágrimas, pero bañados en dulce sonrisa, los contemplaban. Acercóse tambien alli Benjamin, que acompañaba tambien á su amo en los estremos que hacia, y seguramen-

\*

te los tres formaban el cuadro mas tierno que puede crear la imaginacion.

Habia Zoraida olvidado todo en aquel momento, y hasta su antiguo amor por el ingrato Saldaña parecia tambien que se habia apagado enteramente en su alma. Ya no era una huérfana sin amparo, una muger desdeñada, maldecida, odiada de todo el mundo: habia hallado por último un protector, un amigo, un hombre que la amaba, se alegraba y padecia con ella; un padre, en fin, que la idolatraba. Zoraida era entonces feliz, y las lágrimas que derramaba no corrian gota á gota abrasando sus ojos y sus megillas, sino que manaban en tropel, y desahogaban dulcemente, y refrescaban por vez primera su corazon.

Lo primero que vino á la memoria á su padre luego que recobró su razon, de que le habia casi privado aquella sobrenatural alegría, fue preguntar por el caballero que habia salvado á su hija. La gratitud quizá exigía haberse acordado antes, pero el amor paternal sufocó en un

principio cualquiera otro sentimiento en el alma del pobre judío, que á despecho de su estudiado estoicismo habia casi perdido en aquella ocasion la cabeza, y Zoraida no estaba tampoco en disposicion de manifestarle su agradecimiento.

Pero cuando los dos acordaron ya habia desaparecido, y no fue posible hallarle por mas que hicieron, pues en montando á caballo habia salido á escape del palenque entre los gritos de la multitud, que puesto que algunos intentaron seguirle, no lo pudieron lograr sino con los ojos hasta que le perdieron en las estrechas y revueltas callejuelas que abocaban entonces al Campo Grande.

— Cómo ha de ser, hija mia, dijo Abrahan; ese extranjero es un hombre de bien, y ha tenido lástima de nuestras lágrimas: siento que se haya marchado sin probarle nuestra gratitud; pero confio que pronto le hemos de volver á ver, y en ese caso todos los tesoros del mundo no son bastante para pagarle. Tú estás muy débil y necesitas descanso; vamos á

mi posada , y no nos separaremos nunca.

— No , nunca , padre mio , respondió Zoraida : yo creí que ya no me quedaba ninguna esperanza en el mundo, y ahora veo que puedo todavía ser feliz. Pero, ¡ah! padre mio , si supierais...

— Serénate , hija mia , ahora , y no turbes tan dichoso momento con ninguna memoria triste. Ven , hija querida de mi alma. ¿Qué puedes ya necesitar en el mundo habiendo encontrado á tu padre? Yo te amo mas que á mi vida. ¡Estás tan pálida ! ¡has sufrido tanto ! pero todavía estás hermosa. Sí, esos son los ojos de mi hermosa Esther.

Diciendo asi la besó en ellos cariñosamente , y echó á andar dándola el brazo , encargándole muchas veces y con mimosa ternura que se apoyase en él , y preguntándole cómo se sentia á cada instante con indecible cuidado. La muchedumbre se habia ya dispersado poco á poco , y solo algun otro de los mas curiosos paseaba por fin á sus anchas el Campo Grande, que no tardó una hora en



verse tan abandonado y solitario como de costumbre. Venia ya á mas andar la noche, y las oscuras calles de la ciudad ponian al judío á cubierto de la persecucion que recelaba emprenderian contra él, si, como tenia motivos para sospechar, le habia conocido alguno. No habia pensado hasta entonces en el riesgo á que se habia espuesto presentándose en público como uno de los principales héroes del drama que acababa de representarse; pero ahora, mas cuidadoso que por él por su hija, cualquier sombra, cualquier bulto le sobresaltaba. Un hombre envuelto en una ancha capa aparecia á cierta distancia de ellos, y desaparecia por intervalos como una sombra errante, como una aparicion maléfica, siguiéndolos y espiando sus pasos. No habia reparado en él Zoraida, ni el judío la dijo una palabra siquiera por no asustarla; pero mas de una vez estuvo tentado de detenerse á preguntar á aquel hombre quién era, y aun lo hubiera hecho á no ir desarmado. Hubiera querido Abrahan dar algunas mas vuel-

tas primero que entrar en su posada por ver si le seguia aquel hombre tenaz que como un gato arrimado á la pared se deslizaba sin ruido, y aun no parecia que movia los pies; pero se hacia ya tarde, su hija estaba casi exánime con lo mucho que habia sufrido, y el incansable embozado llevaba traza de seguirlos al fin del mundo. Dábale cuidado al judío, y algunas veces detenia el paso, y aun se paraba por ver si el encapotado pasaba de largo; pero era como su sombra, y siempre quedaba detras, y siempre á la misma distancia. En resolucion, por mas que hizo no pudo evitar que el desconocido le viese entrar en una casa en el barrio de los judíos, donde el padre de Esther alojaba con un su amigo que alli vivia. Bajó á abrirles la puerta una vieja con un candil, y en habiendo entrado salió á abrazarle un anciano cuya nariz larga y demas facciones habrian hecho conocer al menos inteligente fisonomista que era uno de los descendientes de las doce tribus.

— Bendito sea el Dios de Israel, le dijo, que te ha sacado de manos de esos lobos sedientos de nuestra sangre, y te ha devuelto tu hija en el día de la tribulación. Pero me parece que está muy pálida; ya se ve, es natural: es menester que descanse. — ¡Zoraida! ¡hija mia! exclamó Abraham todo sobresaltado viéndola que perdía las fuerzas, medio exánime y amarilla como una muerta: ¡Zoraida! ¡Dios mio! ¡Te he recobrado después de tantos años para perderte tan pronto!

Pero Zoraida no respondía, ni acaso oía lo que la decía su padre: un sudor frío humedecía su frente, pálida como la cera: tenía las manos heladas, que apretaba su padre entre las suyas, besándola y llamándola por su nombre como un frenético, mientras su cuerpo había caído desmayado sobre unos almohadones que acercó al momento el otro judío. Había éste conservado su juicio mas que su amigo, y en habiéndola pulsado conoció que no era aquel desfallecimiento

otra cosa que una congoja producida por el sobresalto y la angustia de aquel día terrible y tantos otros como habia pasado presa, sin otro desahogo que sus lágrimas, abandonada de todo el mundo, y sostenida únicamente por la energía de su alma. Por lo que volviéndose á Abraham, dijo:

— El sabio, amigo mio, no debe sorprenderse por nada, y debe estar prevenido para sufrir toda clase de contratiempos. Lo que tu hija tiene no es nada, y es raro que de esa manera te turbes, tú que has sido siempre ejemplo de firmeza de alma en nuestra tribu.

Frunció Abraham las cejas, y habiendo procurado serenarse, sentido de haber dado á conocer su debilidad delante de su amigo, lavó la frente de su hijo con una de las aguas maravillosas que traía consigo, y pidió á su compañero que le ayudase á trasportarla al lecho, puesto que ya daba señales de volver en sí, y necesitaba de mucha paz y sosiego para reponerse. Hecho lo cual,

ayudado además de Benjamin y la vieja, los dos judíos se retiraron á otra habitación interior adornada con alguna decencia y alumbrada por una lámpara de plata que ardía en mitad de la sala. Un brasero en que se quemaban varios olorosos perfumes estaba sobre una mesa de tres pies compuesta y ajustada con diferentes maderas de gusto mosaico, siendo este mueble y la lámpara los dos únicos objetos de lujo que allí habia, pues los almohadones y los sillones eran tan viejos y feos que mas que adornaban afeaban la habitación. Los dos viejos acercaron dos sillones á la mesa, y en sentándose dijo el patron á su huésped:

— Mucho tarda ese jóven cristiano á quien entregué la armadura y el caballo de que tú has salido fiador, y que tambien ha aprovechado hoy á todos. Él tiene cara de buen muchacho, y hoy se ha portado como valiente; pero esto mismo me hace pensar que una vez que se ha visto á caballo no le hemos de volver á ver por acá.

— Mucho lo sentiría , replicó Abraham; no por el caballo y las armas , que ya son tuyas y yo te las pagaré , sino por no poderle dar las gracias como lo merece su buena acción.

— En efecto , repuso Aaron , que este era el nombre del otro judío , la fianza que me has dado te compromete á pagarme en caso que él no cumpla devolviéndome lo que por tu intercesion le presté. Pero ya sabes que no estamos para gastos , y...

— En esto estaban de su conversacion , cuando fueron interrumpidos por la llegada del jóven de quien hablaban , que con aspecto no muy tranquilo y precipitados pasos se habia entrado hasta allí sin mas etiqueta que pudiera usar en su propia casa. Venia armado todavía como si acabase de echar pie á tierra de su caballo , solo que en vez de casco le cubria la cabeza un sombrero de alas anchas que casi le tapaba la cara , aunque no tanto que cualquiera que le hubiera visto una vez , si le miraba con atencion , no

reconociera en su noble fisonomía al generoso Usdrobal, como ya habrá supuesto el lector. Lo mismo había sospechado Jimeno al verle delante de sí en el palenque, puesto que le creyó nada menos que un fantasma del otro mundo, no pudiéndose imaginar que estuviese vivo el mismo á quien él había visto hecho pedazos arrojar en el foso la noche que habían ambos tratado de liberar la hermana del Castellano de Iscar. Pero la buena suerte, que sin duda para mayores cosas le guardaba, dispuso de modo que saliesen torcidos los planes del malvado page, librándole de la muerte que su traición le tenía apercebida.

En medio de aquel inesperado combate, herido uno de los asesinos, rodó la escalera con grande estrépito hasta el último tramo sin detenerse, mientras que Usdrobal, luchando aun con los otros, sostuvo todavía la batalla por algun tiempo. Herido ya y fatigado de combate tan desigual, viéndose á pique de perecer, se le ocurrió un stratagemema para sal-

varse, y arrojándose de repente en tierra, suponiendo que dándole por muerto se retirarian sus contrarios, se pegó contra el muro sin respirar siquiera hasta que sintió que se alejaban satisfechos de su victoria. En este tiempo bajó la escalera con cuidado, receloso del menor ruido, la espada en la mano, hasta que llegando á un trozo de la muralla que daba al campo, se arrojó desde su altura sin titubear, con lo que anduvo toda la noche hasta llegar á sitio donde curarse de sus heridas. Volvieron á poco tiempo los asesinos con una luz á recoger su cadáver; pero como no le hallaron, temerosos de que el page los castigara, y codiciosos del premio que éste les habia ofrecido, no dudaron en suponer que el cuerpo muerto de su compañero era el de Usdrobal, estando tan desfigurado y hecho pedazos que no daba nada que sospechar, y Jimeno, que desde el principio de la pelea se habia retirado llevando á Leonor, creyó de buena fé cuanto quisieron decirle. Permaneció Usdro-



bal oculto por algun tiempo curándose de sus heridas, y sentó plaza despues en uno de los escuadrones rebeldes, donde estuvo hasta el dia de la derrota general, en que habiendo determinado marchar á Vizcaya en busca del hijo de don Lope de Haro, que andava revolviendo aquella provincia, llegó á Valladolid, donde la fama del proceso de la desgraciada Zoraida le hizo detenerse por unos dias. Estuvo presente á todas las declaraciones de los testigos, y desde el momento que vió que era el page su acusador se determinó á servirla de campeon en caso que el juicio se remitiese á las armas. Fatigábale sin embargo el pensar que á despecho de su buena intencion no habia de serle su valor de provecho, por no estar armado caballero, y no tener siquiera quien le prestase caballo con que poder entrar en la lid. Pero el cielo, que velaba en favor de la inocencia, hizo de modo que el judío á quien él habia visto antes en el castillo de Iscar, no habiendo podido penetrar en la prision de su

hija, se dirigiese á él eligiéndole por su defensor, y proveyéndole de cuanto necesitaba para el combate. Tal era la suerte que habia Usdrobal corrido desde su salida del castillo de Cuellar, de donde milagrosamente habia escapado con vida, habiendo en fin logrado poner en claro el juicio de Dios con la muerte del traidor que no le creía ya en este mundo.

—Entró, pues, como hemos dicho, bastante agitado en la sala donde conversaban muy en paz los dos amigos judíos, y encarándose con Abrahan exclamó:

— Si aprecias en algo tu vida, sal de esta casa al momento, monta en mi caballo, que está á la puerta, y huye sin detenerte, porque no tardarán media hora en venir á prenderte aqui.

— Turbáronse los dos judíos al oír tan inesperada noticia, levantáronse de repente de sus asientos, y exclamaron casi en el mismo instante cada uno segun el sentimiento que en ellos habia producido:

— ¡Y mi hija! ¡qué será de mi hija!

gritó Abrahan: ¿estás seguro de lo que dices?

— ¡Mi casa, mis riquezas! exclamó Aaron: esos perros van ahora á saquear lo poco que con sus continuos robos han dejado al pobre judío. Dios de Abraham, haz que los pies de esos babilonios queden clavados contra la tierra, para que no vengan á maltratar á tu siervo.

— Te han conocido, repuso Usdrubal dirigiéndose á Abrahan, y yo me he adelantado á avisarte; huye, si no quieres perder la vida, y no temas en cuanto á tu hija, que ademas que no hay nada contra ella, yo te prometo á todo trance protegerla y llevarla adonde tú estés.

— Sí, tienes razon, repuso Abrahan, que recobró al momento su acostumbrada serenidad, no hay mas remedio que huir. ¿Y á quién mejor que á tí podré yo fiar el cuidado de mi hija, que hoy la has salvado la vida? ¡Ah! solo ella puede obligarme á salvar la mia: por lo demas, ya soy viejo, y morir hoy, morir mañana, me sería indiferente. Pero vamos, no hay mas remedio que huir.

— Tú, sí, vas seguro, replicó Aa-  
ron ; pero yo ; desventurado de mí ! no  
tengo recurso ninguno , y voy á perder  
en un dia lo que me ha costado tantos de  
sudor para atesorar. No que yo sea rico...  
prosiguió volviéndose á Usdrobal.

— ¿ Qué me importa á mí que lo  
seas ó no ? Sálvate, Abrahan : yo creo que  
todavía tienes tiempo. Abrazáronse los  
dos judíos , el uno recomendando á su  
hija, y el otro sollozando y gimiendo por  
su dinero , que iba á correr tanto riesgo  
si entraban en su casa los *babilonios* , y  
Abrahan, en habiendo tomado una luz, a-  
compañado de Usdrobal , sin atreverse á  
despedirse de Zoraida, que descansaba, se  
encaminó hácia la escalera, cuando oye-  
ron grande estrépito de armas y gente  
que se acercaba.

— Sígueme, le dijo Usdrobal desen-  
vainando la espada , que juro á Dios que  
he de abrirte camino.

— Eso no lo permitiré yo , replicó el  
judío , que no quiero que pierdas por mí  
tu vida : retírate.

— De ninguna manera; ó he de morir, ó te he de salvar, repuso el valeroso cristiano; no se dirá que abandoné yo nunca en el riesgo á mi compañero.

— Generoso amigo mio, guarda tu vida y cuida de mi desgraciada hija, sino yo te juro que me entregue yo mismo á mis enemigos.

En esto el ruido de los pasos y el crujir de las armas se oía cada vez mas cerca.

— ¿Pero hay algun otro sitio por donde huir? preguntó Usdrobal.

— Sí, replicó el judío, pero es preciso que me dejes solo; aqui esta ventana cae á un corral que tiene una puerta falsa que comunica al campo; la bajada es facil, y aun tengo tiempo; tú no eres conocido y debes quedarte aqui con mi hija... ¡ Esther mia! prosiguió interrumpiéndose con un suspiro; pero tú, amigo mio, tú la consolarás; á Dios.

Diciendo asi echó el cuerpo fuera de la ventana, y apoyando los pies en una estrecha cornisa que formaba la pared á

\*

poco mas de una vara del suelo, saltó al patio sin hacerse daño, abrió la puerta falsa, y Usdrobal le creyó libre. Apenas volvió la cabeza de la ventana donde habia estado mirando la fuga del judío, cuando se halló rodeado de hachas encendidas, partesanas, picas y alabardas de los que venian en su busca.

— Hola, amigos, dijo Usdrobal volviéndose é ellos con extraordinaria serenidad, yo creo que el pájaro ya voló, á lo menos ya hace rato que ando reconociendo la casa, y voto á Santiago que no ha quedado rincon que no he escudriñado.

— La puerta de ese corral da al campo, dijo uno de los alabarderos.

— Asi es, repuso Usdrobal sin alterarse; pero justamente al otro lado hay gente apostada para apresarle, y por ahí no se ha de escapar.

— No hay duda, respondió el que parecia gefe de aquella tropa; tiene razon este mozo, que alli está ese hombre flaco que dió el aviso y un compañero mio con algunos hombres de armas.

— ¡Suerte del diantre! murmuró entre sí Usdrobal desesperado con la noticia que él mismo habia forjado, y que salia cierta por su desgracia. En esto llegaron dos hombres mas con el judío Aaron, á quien habian hallado en un sótano entre algunos cofres y sacos, casi embutido en ellos y pegado á la pared como si fuera una oblea. En vano juraba el pobre hombre y afirmaba que nada sabia de Abrahan: amenazábanle con tormentos sino declaraba dónde se encontraba su amigo, á quien traían orden de prender y llevar á presencia del rey, contra quien habia conspirado, y aun hubieran puesto en ejecucion su amenaza sino hubiera llegado el aviso de que estaba ya asegurado el reo á tiempo que tratando de escaparse habia tropezado con los que guardaban la salida del campo. Estaba alli en efecto Zacarías, que era el que le habia seguido aquella noche, y que cierto de la casa en que habitaba le habia descubierto. Sin embargo, no impidió la aprehension de Abraban para que

llevasen preso al otro judío, habiéndose salvado Usdrobal, como suele decirse, en una tabla, por no haber topado con el infame devoto, que no hubiera quizá dejado de hacerle alguna obra de misericordia. Quedó la casa sola, habiendo quedado el cuarto de Zoraida únicamente sin registrar, que por haber hallado al judío tan pronto, no entraron en su aposento donde la infeliz reposaba todavía de sus pasadas fatigas, y muy agena del peligro que corría su padre.





---



---

**CAPITULO XXXVII.**

*Boabdil.*

Pues la sentencia pronunció tu labio,  
él vivirá; pero á mi amor sincero  
has de corresponder.

*Zoraida.*

¡ Señor! ¡ amaros!

*Boabdil.*

Ó caerá su cabeza en este dia.

*Zoraida.*

¿ Hay mayor crueldad? . . . . .

*(Zoraida: tragedia de Cienfuegos.)*

**M**IENTRAS esto pasaba en Valladolid, proseguia Sancho IV en el castillo de Cuellar ocupado en castigar los gefes de los rebeldes, llevando la crueldad al punto de no perdonar uno solo de cuantos tuvieron la desgracia de caer en sus manos. Cabezas ilustres desprendió de sus troncos el hacha del verdugo, y pocas veces bañó sangre mas noble el cadalso, siendo la mayor parte de los que en él.

perecieron fieles servidores del sabio rey don Alfonso, en cuyo servicio habian arriesgado su vida mas de una vez valerosamente en los combates. Solo Hernando de Iscar quedaba hasta entonces vivo, si puede llamarse vida la miserable existencia que arrastraba en una estrecha prision del castillo de Cuellar, adonde le habian trasladado luego que la victoria del rey desbarató los planes de sus compañeros. Pero su mala suerte estaba muy lejos de ofrecerle tarde ó temprano la libertad, puesto que como gefe principal de los revoltosos era casi seguro correria igual fortuna que sus amigos, muriendo en un patíbulo como traidor si ya el rey, cediendo á las instancias de Saldaña, no le perdonaba la vida. Tal era sin duda el pensamiento del Castellano de Cuellar, que ya habia logrado del rey dilatar su muerte con esperanza de alcanzar la mano de Leonor, condicion que pensaba poner, y sin la cual estaba firmemente resuelto á no interponer su influjo en favor de Hernando. Traíale esta idea sobremanera

distraído y silencioso, y aunque en él no fuera extraña jamás la tristeza, en su rostro amarillo y en sus hundidos ojos notábase empero que no era ya un mar de pensamientos el que movía borrascas en su alma, sino que uno inmutable, único, se había apoderado de todo él. Paseábase solo calculando entre sí cómo haría para no ser aborrecido de aquella muger que era el sueño de su felicidad, ya dudando si obraría generosamente poniendo en libertad á su hermano, ya temiendo no recibir en tal caso mas que una fría muestra de agradecimiento de parte de su altiva prisionera, quedando al mismo tiempo sin medios de forzar en adelante su voluntad, por haberse privado del único recurso que en su desesperacion le quedaba.

— No, se decía á sí mismo, no para obrar tan neciamente os he hecho traer prisioneros á mi castillo. Tu hermano morirá si te obstinas, tú estarás aquí presa toda tu vida, y al fin te he de poseer por fuerza ó por voluntad.

En diciendo esto se encaminó hácia la habitacion de Leonor, resuelto á poner por obra lo que habia pensado, solo que al entrar sintió enfriarse su valor, titubeó, se maldijo á sí mismo, y tuvo que hacer un no pequeño esfuerzo para afirmarse en su determinacion. Estaba Leonor acompañada de dos de las doncellas que la servian, quienes viendo entrar á Saldaña se retiraron, y él se sentó enfrente de ella.

— Tráigoos, señora, le dijo con los ojos torvos clavados en tierra y una agitacion que desmentia el tono tranquilo de sus palabras, una muy mala noticia.

— ¿Ha muerto mi hermano? Preguntó Leonor toda sobrecogida.

— Es mucho peor, replicó Saldaña con la misma calma aparente; vuestro hermano cayó prisionero, y...

— Es falso, exclamó Leonor con orgullo: mi hermano hubiera muerto mil veces antes de dejarse prender: es falso.

— La suerte de la guerra, continuó Saldaña moderando su voz, es tal que

muchas veces sucede lo que uno menos se imaginaba. Vos no lo creereis, pero la prision de vuestro hermano no es menos cierta por eso: yo os lo digo á fé de caballero.

— ¿Y qué será ahora de él? ; Saldaña! exclamó Leonor mirándole horrorizada, ¿ qué será de él?

Bajó Saldaña la cabeza sobre el pecho, cruzó los brazos, hubo una pausa, encogióse de hombros y dijo:

— Su suerte será la de sus compañeros; morirá como ellos en un cadalso pregonado como traidor.

— ¿Y vos me lo decís así, Saldaña, exclamó Leonor, vos me lo decís tan friamente?

— Y si yo os pregunto me amais, ¿no me responderéis friamente que no? replicó Saldaña. ¿Y creéis acaso que es mas una sentencia de muerte, un pregon, que se olvida en cuanto se ha acabado de oír, una nota de infamia que allá en el otro mundo no ha de aumentar las penas del infierno ni las dulzuras de la

gloria, creéis que es mas que un nó de la muger que se adora, que puede forzar al hombre á cometer crímenes, á hacer eterna la condenacion de su alma, eternos sus tormentos, y obligarle á llevar años y años una vida de maldicion que solo podria trocarse por la muerte de horror y desesperacion que le aguarda? ¡Ah! Y vos me habeis dicho ese no friamente mas de una vez.

—Vuestro honor mismo, Saldaña, está comprometido á salvar á mi hermano, repuso Leonor conmovida; él ha sido el amigo de vuestra juventud, él ha sido vuestro enemigo noblemente en el campo. Un caballero generoso debe recordar solo en tal caso la amistad, y olvidar todo resentimiento.

— ¡Mi honor! respondió el de Cue-llar con una amarga sonrisa. ¡Un caballero generoso! ¡la amistad! Yo ya no tengo amistad, generosidad ni honor: tú me has dicho que no, y yo he sacrificado ya todo por lograr un sí de tu boca.

— ¡Oh! Saldaña, exclamó Leonor con

aquel eco de voz tan dulce que enterneciera un diamante, y arrojándose al mismo tiempo delante de él de rodillas, por Dios, por mí, si me amas, salva, salva á mi hermano.

— ¡Leonor! gritó Saldaña sorprendido de aquella accion tan inesperada: levantad, que yo no soy sino un hombre y tú una divinidad, y yo sí que debo besar tus pies.

— ¿Salvarás á mi hermano? ¿me lo prometes? preguntó Leonor poniéndose en pie.

— ¿Serás tú mia? preguntó Saldaña: ¿me lo juras?

Esta pregunta hizo volver en su acuerdo á la desdichada Leonor, que se sonrojó avergonzada de haberse humillado hasta el punto de tener que oír con paciencia el atrevimiento que ella misma habia provocado arrebatada del deseo de libertar la vida á su hermano. Sentóse otra vez en su silla, y quedó pensativa por largo rato: Saldaña ocupó de nuevo su asiento.

— ¡Qué dijera Hernando de mí! se dijo á sí misma, si ahora me hubiese visto rogar por él á los pies de su enemigo! ¡qué poco reconoceria en mí á su hermana!

Mientras reflexionaba de esta manera, y procuraba recobrar la entereza digna de una dama de aquellos tiempos heróicos esforzándose á mirar con serenidad el rostro á la fortuna, Saldaña, no menos pensativo, aunque mucho mas animoso, no quitaba los ojos de ella, dándose á sí mismo ya el parabien de su triunfo.

— Leonor, dijo, tu hermano vivirá, y sus estados y todo lo que ha perdido le será devuelto con solo que tú pronuncies una palabra. Mil veces te he dicho que te idolatro, y te he pintado el amor de fuego con que has abrasado mi alma. No me hables de generosidad, no me pidas por él: es inútil; eres tú quien le ha de librar, y yo no he de ser sino el instrumento de tu voluntad. Mentiria si te ocultase que puedo facilmente salvarle; pero no, Leonor, tú no has sido genero-



sa conmigo; tú me has visto á tus pies triste, afligido y acosado de mil tormentos; te he pedido, no que me libertases de una muerte pronta, sino en una lágrima de piedad mi felicidad en la tierra y la salvacion de mi alma; tú me has arrojado de tí con desden, y el lobo tiene mas piedad del cordero que devora, que tú has tenido de mí. ¡Leonor! ¡Leonor! no apelles á mi generosidad.

— Sí, me he engañado, replicó la hermosa de Iscar recobrando su natural gravedad; te creía criminal, pero caballero; ahora conozco que tu corazon no tiene otro resorte que tu egoismo, que en tí la orden de caballería está peor empleada que en el mas ruin villano. Sí, baja los ojos y avergüénzate, Saldaña: mi hermano morirá en un cadalso, le llamarán traidor, pero la posteridad le juzgará como á bueno, y tú y sus enemigos llevaréis la mancha con que intentais ahora empañar el lustre de sus hazañas. En cuanto á mí, soy noble castellana y hermana suya; la misma sangre que arde

en sus venas anima mi corazon ; rogaré á Dios por su alma, y no se dirá que desmentí con una sola lágrima de debilidad mi linage.

Pronunció estas palabras con tanta magestad, entreviéndose al mismo tiempo la pena que le causaba la situacion de un hermano que hacia con ella las veces de padre, y á quien tenia por único cariño en el mundo, que el insensible Saldaña no pudo menos de conmoverse.

— Leonor, le dijo, arrodillándose á sus pies y tirando de la daga que llevaba al cinto, un solo remedio hay para mí: si tan infame te parezco, toma este puñal y clávalo en mi corazon. Véngate de los insultos que te he hecho, y venga al mismo tiempo á tu hermano. Ánimo tengo para sufrir la muerte y bajar al infierno que me aguarda ; pero quitarme yo mismo el único recurso que me queda para obligarte á que seas mia si vivo, ni quiero, ni puedo : hiéreme.

— Retiraos, Saldaña, retiraos de aqui, repuso Leonor con serenidad, y si

quedá en vuestro corazon algo del respeto que me habeis manifestado siempre hasta ahora , no volvais mas á insultarme con vuestra presencia. Entre nosotros no cabe ya reconciliacion: yo soy vuestra prisionera , mi hermano es vuestra víctima , y vos nuestro enemigo comun.

— En efecto , replicó Saldaña levantándose y dando rienda suelta á la ira, tú eres mi prisionera , y yo dispondré de tí á mi voluntad: he sufrido tus insultos, te he rogado cuando podia mandarte , me he visto ajado, hollado por tu soberbia. Desde ahora cuenta que hemos cambiado ya de papel ; á mí me toca mandar, á tí obedecer , suplicarme y llorar, y tu hermano morirá , ó tú has de ceder á mi gusto. Tres dias te doy de término para resolverte; cumplidos estos Hernando acabará en el patíbulo su vida, y de grado ó de fuerza te poseeré.

Los ojos hundidos de Saldaña lanzaron sobre la infeliz una mirada de tigre : el tono de su voz ronco y oscuro semejaba al zumbido del huracan entre

los árboles, y Leonor, á despecho de la entereza que se esforzaba á aparentar, no pudo menos de apartar de él la vista y estremecerse.



---



---

**CAPITULO XXXVIII.**


---

.....  
 .....  
 Que es muger, y apasionada,  
 ningun respeto la enfrena.

*(Romance de Abenzulema.)*

**E**NTRE tanto Zoraida lamentaba en Valladolid la prision de su padre, á quien ya sabia conducian algunos hombres de armas camino de Cuellar con intencion de presentarle al rey, á quien tocaba únicamente juzgarle como embajador que se decia del rey de Aragon. Vano fuera querer pintar la sorpresa y el dolor que sintió cuando se halló al despertar sola en aquella casa, para ella desconocida, con una muger anciana á la cabecera del lecho que con infinitas lágrimas y no pocos suspiros la refirió la prision de Abraham, así como la de Aaron, sobre lo cual hizo largos comentarios y dolorosas lamentaciones. Baste decir que la confusion

\*

en que se hallaban los sentidos de la desgraciada judía era tal, que apenas como de un sueño se acordaba de todos los sucesos que desde su prision en el castillo hasta entonces habian pasado por ella, y casi no comprendia lo que le contaba aquella muger. Oíala sin hablar palabra, y miraba á su al rededor como atónita de verse allí, sin poderse dar razon á sí misma de todo aquello. Pero cuando Usdrobal poco tiempo despues de amanecer volvió á verla, habiendo logrado zafarse de los de la escolta, todas las dudas se disiparon en su mente, los recuerdos de lo pasado cobraron nuevo vigor en su alma, y la dolorosa verdad ocupó el lugar de sus ilusiones. Todo era demasiado cierto, y Usdrobal debia ser en adelante su único protector en el mundo, segun habia encargado su padre. Con todo, como muger tan sobremanera animosa, no tardó en tomar su resolucion, y sabedora ya del destino del preso, se determinó á volver al castillo que habia de servirle de carcel. Vistióse, pues, y en

saliendo á otro cuarto donde la aguardaba Usdrobal le comunicó su designio de marchar á Cuellar, donde ella sabia cómo entrar y cómo salvar á su padre, valiéndose del conocimiento que tenia de todos los pasadizos ocultos y comunicaciones secretas de aquel castillo. No le pareció á Usdrobal tan descabellada su proposicion que se pudiera desechar sin meditarla primero. Parecíale efectivamente facil la libertad del judío si Zoraida lograba penetrar en la fortaleza, en lo que no habia á su parecer gran riesgo ahora que Jimeno habia pagado sus crímenes con la muerte y no podia sorprenderles. Facilitábale quizá mas esta empresa, que al cabo no dejaba de ser peligrosa tanto para él como para Zoraida si llegaban á sospechar su intencion, el recuerdo de la hermosa Leonor, cuya imágen no se habia apartado de sus ojos en medio de cuantas aventuras habia corrido. La idea de hacer algo en su favor, y sobre todo el pensamiento de que quizá podria verla, oirla al menos, y que iba á habitar

bajo el mismo techo, producía tal contento en su alma, que nada le parecía imposible ni aun dificultoso. Pero aunque todo esto le halagaba sobremanera, no le cegaba hasta el punto de desoir la voz de su conciencia, que le gritaba mirase bien el paso que iba á dar tan aventurado, puesto que al fin él sería responsable de cualquier desgracia que por su imprudencia sobreviniese á aquella muger que habia puesto la Providencia divina á su cuidado.

—En verdad, se dijo á sí mismo pensando en esto y sonriéndose, que en mi vida he meditado nada con tanta madurez como ahora, y luego dirán que soy ligero de cascos. Pues señor, nada de eso, prosiguió en alta voz, yo iré solo y sacaré á vuestro padre de sus apuros, ó mal me han de andar las manos.

—Eso no, respondió Zoraida; vos me acompañareis, y yo iré, y no mediteis mas sobre esto, porque estoy determinada ya, y no he de dejar de ir.

En resolución, largo fue el debate; pe-



ro habiendo vencido por último la obstinacion de Zaraida fueron tan poderosas las razones que supo darle , que Usdrobal se encogió de hombros , y no sabiendo qué responder salió á preparar el viaje para marchar aquel mismo dia. Tres horas despues ya se habia proporcionado Usdrobal dos caballos , Zoraida se despidió de la buena vieja que la asistia , y ambos á dos emprendieron su marcha, cada cual muy pensativo y ocupado de sus designios. Marchaban uno al lado del otro sin hablar palabra , Usdrobal saboreándose con formar, como suele decirse, castillos en el aire, y ella esforzándose á desechar de su imaginacion la principal figura del cuadro que le forjaba su fantasía. Pero por mas que intentaba alejarla , representándose á su padre en el inminente peligro en que se encontraba, por mas que intentaba apartar de sí cualquiera otra idea , deseosa de no pensar ni amar mas que á él , estaba harto reciente su herida, y su pasion era demasiado poderosa para que no pensase en Saldaña. Su infidelidad , su infame com-

portamiento, su amor por aquella cristiana á quien ella en sus zelos atribuía la mayor parte de sus desgracias, cuanto habia padecido por causa suya, cuantos planes de venganza le sugeria su resentimiento, todo, en fin, combatia y ocupaba de tal manera su alma, que la prision, la muerte de su mismo padre no era sino una gota mas de veneno en el agitado mar que emponzoñaba su vida. Su amor á Saldaña habia sido el primero, el único amor de su corazon, y ahora no podia menos con vergüenza de confesar en sí que la libertad de su padre era solo un pretesto con que queria en vano engañarse á sí misma para ocultarse la fuerza de su pasion y el poder del destino que la arrastraba á Cuellar. Mil pensamientos de venganza volaban delante de ella, mientras que otros tantos de esperanza y felicidad llenaban la mente del alegre Usdrobal, que al cabo de haber andado una legua entonó esta cancion con voz clara y no de mala manera cantada :

Tocando estan á maitines  
y está roncando el prior,  
que es para él la campana  
como cantarle el *ró ró*.

Dos vueltas daba en la cama,  
un bostezo y una tos,  
y como es noche de enero  
entre sueños se arropó.

Perdido entre tanto andava  
ya fatigado el troton,  
calado y yerto de frio,  
jurando y llamando á Dios,  
un ginete aventurero  
que mal oficio tomó.

Al tañer de la campana  
relincha alegre el bridon,  
alza la cabeza, el paso  
presto aguija, y su señor,  
reanimada su esperanza  
de hallar cerca poblacion,  
va acariciándole el cuello  
y le anima con la voz.

Entre breñas solitarias,  
como sombras que fingió  
en noche oscura á lo lejos

tal vez medroso pastor,  
se elevan las altas torres  
de aquella santa mansion.

A pie se arroja al llegar  
soñoliento el viajador  
y chocó en sus férreas puertas  
con ímpetu su lanzon,  
que por bóvedas y claustros  
hondamente resonó.

Pára; nadie le responde;  
vuelve á llamar: al rumor  
los muertos se despertaran,  
mas no despierta el prior:  
dos, tres, cien veces repite  
los golpes con mas teson:  
tiembla la puerta, y es fama  
que el edificio tembló.

Pero no entró el caballero  
ni dió al caballo racion,  
y á pesar del ruido duerme  
á pierna suelta el prior.

— Vos sois dichoso, Usdrobal, dijo  
Zoraida con un suspiro.

— Ciertamente no me creo del todo

infeliz, repuso el desembarazado mozo, pero tampoco me faltan penas.

— ¿Amais mucho á Leonor? ¿creis que ella no os sea ingrata?

— Señora, respondió Usdrobal sonrojándose, yo amo á Leonor con toda mi alma, pero ella no sabe ni sabrá nunca que yo la amo. No, prosiguió como si hablara consigo mismo, no se lo diré jamas; hay mucha distancia de mí á ella, y perderia hasta el consuelo de verla.

En esta conversacion llegaron á uno de los pueblos del camino, donde descansaron aquella noche, sin que sea posible pintar el decoro y respeto con que Usbrobal la trataba, que no parecia sino que mas se habia educado en cortesanos estrados que en rudos castillos y cuevas de ladrones, tan puntual y atento supo mostrarse en aquella ocasion. Al dia siguiente, que por estar ya á fines de octubre empezaba á enfriar la estacion, habiéndose puesto en marcha dejó Usdrobal ambos caballos en la cabaña de un pastor, no muy lejos de Torre-Gutierrez, adon-

de caía justamente, si mal no se acuerda el lector, la entrada secreta que conducia á la fortaleza de Cuellar. En vano rogó alli de nuevo á la apasionada Zoraida que desistiese de su empresa, representándole los muchos peligros á que se esponia, y ofreciéndose él á cuanto fuese necesario hacer en favor de su padre. Pero ella desoyó todos sus consejos, arrebatada de su vengativa pasion, que por instantes crecia conforme se iba acercando á la habitacion de su infiel, con mezcla de rencor y de ternura, de valor y de miedo, toda trémula y temerosa de verse con Saldaña, jurando huir de él, y deseosa al mismo tiempo de hallarle.

Entraron en fin, y aquel dia era sin duda uno de aquellos en que ha de cumplirse algun terrible anatema, un dia de maldicion y de muerte.



---



---

**CAPITULO XXXIX.**


---

*Rodrigo.*

¡ Desventurada !

Gonzalo , su cadáver apartemos  
de este lugar. . . . .

*(Condesa de Castilla. Tragedia de Cienfuegos.)*

**A**CABABA Saldaña de pronunciar las tremendas palabras que hicieron estremecerse á la desamparada Leonor , cuando mirando á un lado y á otro, sin acertar aun á retirarse de su presencia , y temeroso tambien de dejarse llevar de la ira que le abrasaba si permanecia alli mas tiempo, cuenta la historia que á una de las puertas laterales de la habitacion vió una muger lívida, azul el rostro, la rabia en la boca, lumbre en las pupilas, furia en todos sus ademanes, que sin quitar de él los ojos, y con un puñal en la mano derecha, á paso de lobo se le acercaba. Miróla Saldaña aterrado, y ella viéndose des-

cubierta ni huyó, ni bajó los ojos siquiera, antes por el contrario enclavólos en él con mas ahinco que nunca, y solo detuvo el paso dudosa á cuál de los dos, á él ó á Leonor, elegiria por su víctima. Hubiérase creído al ver á Leonor y á Saldaña suspensos y estúpidos á su vista que los ojos de aquella tigre tenían virtud para convertir en piedra cuanto miraban, como la Gorgona de la fábula. Pero no tardó mucho tiempo Saldaña en volver en sí y en reconocerla. Habia sabido ya el éxito del proceso y la muerte de su lindo page, y vió que la que tenia delante de sí era Zoraida.

— ¡Muger! ¡todavía estás aqui, todavía vuelves á atormentarme! exclamó lleno de furor.

Y arrojándose sobre ella tiró de la daga, y antes que Leonor pudiera oponerse, antes que la mora pudiera evitar el golpe, se la clavó en el pecho y la derribó á sus pies yerta. Cayó Zoraida, dió un alharido Saldaña, y arrojando la daga huyó precipitamente del cuarto.



— ¡ Maldicion ! ¡ maldicion ! ¡ soy perdido ! se oyó que decia huyendo al mismo tiempo fuera de sí.

Dió Leonor gritos como una loca, acudieron al punto sus doncellas, y habiendo registrado la herida de Zoraida se halló que no era tan profunda que pareciese mortal, sin embargo que por entonces no daba señal de vida. Entró á poco tiempo Duarte y dos escuderos, y viendo que no se bullía ni respiraba siquiera, la sacaron del castillo al campo, donde, como no era cristiana, quedó para festin de las carnívoras aves sin enterrar.



---



---

## CAPITULO XL.

---

Viéndole en su promesa tan constante

.....

salió á la prima noche en gran secreto.

(*Araucana. Poema de Ercilla.*)

**D**os dias despues llegó el judío á Cuel-  
 llar cargado de cadenas y escoltado por  
 un numeroso cuerpo de alabarderos, que  
 llenos de cuidado venian porque no se les  
 escapara, habiéndoselo encomendado mu-  
 cho el buen Zacarías, que les habia con-  
 tado maravillas de las brujerías que él  
 mismo le habia visto hacer. Al menor  
 movimiento que hacia el infeliz, á la mas  
 breve palabra que pronunciaba, se halla-  
 ba las puntas de las alabardas al pecho,  
 amenazando matarle sino callaba ó no  
 permanecia quieto, temerosos no fuera  
 algun conjuro ó alguna intencion de esca-  
 parse. Mirábanle todos con asombro, per-  
 signábanse muy amenudo, amenazábanle

con mas frecuencia, habiéndole cargado con tantas cadenas y argollas que apenas podia moverse, y le traían caballero en una mula, donde sufría todas estas penalidades sin dejar escapar una queja. Alguna vez solia suspirar, pero era con el recuerdo de su querida hija, que habia recobrado para perderla tan pronto, y que iba á aquedar, á lo que él se imaginaba, sola y abandonada en el mundo. Lo demas, en cuanto á él, no temia por su vida, y alimentaba aun muy buenas esperanzas de salvarse si alcanzaba hablar al rey, como se lo habian prometido. Colocáronle en una de las torres en un encierro, donde habiéndole aliviado del peso de las cadenas le dejaron solo entregado á sus reflexiones, que á la verdad no hay lugar mas á propósito para dar libertad á la imaginacion que aquel en que está preso el cuerpo. Al cabo de dos dias sintió descorrer con grande estrépito el cerrojo de su calabozo, y oyó la agria voz de su carcelero, que le mandó le siguiese. Halló á la puerta una pequeña guardia de ar-

queros, y colocándole en medio le condujeron hasta la habitacion del rey, que con grande aparato, rodeado de sus caballeros, le aguardaba con mucho deseo de conocer á un hombre tan sabio y que merecia la confianza del rey de Aragon. El judío entró en la estancia con serenidad, y aun con cierta espresion de indiferencia en su fisonomía, clavó en el rey los ojos un momento, y habiéndole saludado profundamente á la usanza oriental, quedó en pie con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho en muestras de su respeto. Miróle tambien el rey con ojos escudriñadores, habiéndole vuelto su saludo con cierta consideracion que siempre tuvo el hijo de don Alfonso á los sabios, como uno de los príncipes mas entendidos de su tiempo.

— ¿No es tu nombre Abrahan? le preguntó en seguida de este ligero axamen.

— Ese es, señor, respondió el judío gravemente, el nombre que me dan los de mi tribu, puesto que entre los sabios soy conocido por otro.

— ¿Es verdad, preguntó de nuevo el rey, que tú has descubierto el gran secreto de la piedra filosofal?

— No, repuso Abrahan; mis adelantos en la ciencia no han llegado hasta allí, y no soy mas que un humilde aprendiz de los grandes maestros, cuyo principal secreto no he podido penetrar todavía.

— ¿Pero tú eres el médico y secretario de nuestro muy querido primo el rey de Aragon?

— Soy, señor, replicó Abrahan, un humilde servidor de su alteza, que se ha dignado honrarme con su confianza.

— ¿Y qué embajada has traído de su parte para nosotros, puesto que segun tú mismo has dicho eres un enviado suyo?

— Señor, respondió el judío, el rey de Aragon me dió una comision importante para vuestra alteza, y si no he cumplido antes mi encargo, ha sido porque graves acontecimientos me han impedido...

— ¿Te mandó sin duda, dijo el rey

\*

con ironía, que te avistases primero con los rebeldes que acaudillaba el de Iscar, en cuyo castillo te has detenido algun tiempo.

— Asi es ciertamente como vuestra alteza dice, repuso Abrahan sin turbarse, y mi estancia en su castillo ha sido el principal motivo de mi detencion, en todo lo que he obrado con arreglo á las órdenes del rey mi señor.

— Y has cumplido como buen vasallo de nuestro querido primo, replicó don Sancho. Ahora bien, como yo soy el rey de Castilla, mando en mis reinos, y no me acomoda que en ellos venga á sembrar la discordia ni aun el legado del papa: escribiré al rey de Aragon que tú te has portado fielmente, y te mandaré al mismo tiempo ahorcar.

— Señor, respondió el judío, vuestra alteza es dueño de mi vida, pero debe meditar mucho antes de quitármela, no sea que tenga que arrepentirse cuando ya no tenga remedio. Todo el poder de un rey se reduce á destruir á un hombre, pe-

ro por mas que lo desee no alcanzará á dar vida á un reptil. Yo soy un enviado del rey de Aragon : instrucciones secretas que no tendria inconveniente en manifestar á vuestra alteza á solas me han obligado á obrar de un modo al parecer sospechoso. Sin embargo, y aun dado caso que me hallase en el de tener que guardar el mas escrupuloso secreto, vuestra alteza faltaria al derecho de gentes si mandase ahorcar á un enviado de otro monarca, que con el seguro de la buena fé y de la paz ha venido á ponerse en vuestro poder, y es imposible que el rey valiente y caballero, el hijo del rey don Alfonso, se olvide de sí mismo hasta el punto de sacrificar á una sospecha cualquiera la vida de un extranjero que con tan sagrado carácter ha entrado en vuestros dominios. Por otra parte, vuestra alteza, como profundo político, debe conocer, si cree que el rey de Aragon sea un enemigo oculto de vuestra alteza, que con mi muerte no hará otra cosa que irritarle mas y obligarle á que rompa por

último abiertamente: y si tal sospecha no cabe en vuestro generoso ánimo, como es de presumir, si recuerda las repetidas pruebas de amistad que aquel monarca le ha dado, es imposible que vuestra alteza trate de grangearse su enemistad cometiendo en la persona de su enviado injusticia tan escandalosa. Estas razones, y sobre todo la comision que en secreto puedo manifestar á vuestra alteza, si se digna oirme, confio le harán obrar de muy distinta manera que se ha propuesto.

Atónitos quedáron el rey y los cortesanos de ver la energía y atrevimiento con que se espresaba aquel viejo, en cuyo miedo habian esperado hallar un motivo de risa cuando el rey le anunciara su suerte, y á quien aguardaban haber visto intimidado y lloroso implorando el perdon á los pies del trono. Duró un breve rato el silencio, y el rey pareció quedar pensativo.

— Judío, le dijo, si el rey de Aragon fuese nuestro enemigo, caballeros tenemos nosotros y vasallos tan fieles



como aquel monarca, y que sabrán defender el trono de Castilla, y aun triunfar de todos sus enemigos. No es mi ánimo tampoco tan temeroso que me amedrenten las amenazas hasta el punto de que el miedo tenga parte en mis determinaciones, y si cambiara alguna de ellas sería solo un efecto de mi clemencia. Dices que tienes una comision secreta para mí, y esto me mueve á suspender tu castigo dándote lugar á que te defiendas de la acusacion que contra tí hay, y si eres inocente irás libre. Caballeros, prosiguió volviéndose á sus cortesanos, dejadnos solos, retiraos.

Pusiéronse en pie todos al punto, y en toda la sala resonó un sordo mormullo de los que se retiraban, y ninguno al salir dejó de echar una ojeada de curiosidad al judío, que todos le juzgaban por hombre extraordinario. Quedáronse, pues, solos el rey y él, y habiéndose levantado el primero de su asiento, le mandó se acercase tanto á él que no pudieran ser oidos de nadie si alguno trataba de escu-

char y se habia quedado por alli cerca. El judío cada vez que daba un paso encorvaba el cuerpo y se detenía obedeciendo la voz de don Sancho, que le intimaba dulcemente que se acercase.

— Amigo mio, dijo en voz baja, sé todo lo que te ha pasado, y no quiero obligarte ahora á fingir haciéndote desembuchar ahí una embajada que solo ha de reducirse á meros cumplimientos de parte de nuestro caro primo. Yo sé que tú has venido encargado de promover contra mí la rebelion, y tu rey te ha encargado de esta comision peligrosa. No importa: sus esperanzas han salido fallidas, y yo he descubierto sus planes. En cuanto á la amenaza que me has hecho de que el rey de Aragon tomara tu defensa, tú mismo sabes muy bien que no se cumpliria, y que nosotros los reyes no nos importa nada sacrificar al instrumento de nuestros designios si con su muerte nos podemos librar del mas pequeño disgusto. Yo respeto tu sabiduría, y no te culpo de haber servido á tu rey, por lo

que si juras servirme á mí con la misma lealtad te tomaré á mi servicio, y no tendrás que arrepentirte del cambio.

— La confianza que vuestra alteza, hace de mí, replicó el judío, me mueve á responder con la misma franqueza. Mucho mal os he hecho, señor, pero aun me queda que haceros un servicio que equivaldrá al favor que me haceis en dejarme libre. Sabed, señor, que aqui mismo, á vuestro lado teneis un caballero que nada menos trata que alzarse contra vuestra alteza, y aguarda á cumplir os la palabra que os dió de servir os lealmente mientras dure la rebelion, para en el momento en que le parezca que os la ha cumplido, hacer valer sus derechos sobre el castillo de Albarracin, y ofrecerse á las órdenes del rey de Aragon.

— Sé todo eso muy bien, repuso el rey.

— Sí, replicó el judío, pero vuestra alteza ignora que el rey de Aragon y el de Lara se han convenido ya para obrar de mancomun contra vos, y lo que parecerá á

vuestra alteza imposible, es que él y el hijo de don Lope de Haro estan de acuerdo para vengar á su padre.

— Tambien lo sé, respondió don Sancho, y sin embargo me se hace duro creerlo.

— Ahí teneis una carta que os lo probará, repuso Abrahan alargándole un papel. Una casualidad ha hecho que cayera en mis manos, y su lectura os asegurará de la buena fé con que desde este momento empiezo á serviros.

— Quieres decir, replicó el rey despues de haber leído la carta sin mostrar el menor movimiento de sorpresa, que puedo contar contigo desde ahora para en adelante.

— Asi es, señor, como vuestra alteza dice; solo que desearia cumplir primero como es de mi deber con mi rey, manifestándole mi intencion de abandonar su reino para pasarme á Castilla, condicion sin la cual vos mismo no podriais juzgar bien de un hombre que fuera traidor al que primero le habia empleado.

— Tal es, repuso el rey, mi intencion: enviarte á Aragon con todas las muestras que de mi amistad puedo dar á su rey tratándote como á su embajador, y honrándote en cuanto esté á mis alcances. Pero alli mismo exijo de tí el desempeño de una comision á que de ningun modo puede oponerse tu escrupulosa conciencia. Quiero, pues, que halles un medio de deshacerme de mis sobrinos los infantes Lacerdas. No que yo desee que se les dé un veneno, no te imagines tal cosa, pero sí que si pudiera ser que me los entregaran... en fin, si pudiera lograrse que no me inquietaran mas...

— Estoy, señor: vuestra alteza desearia que no le inquietaran mas, respondió el judío con intencion.

— En eso, ya ves, replicó don Sancho, que no faltas á la fé que debes á aquel monarca. Él ya los tiene presos; ¿qué importa que seayo quien los tenga?

Puso el judío sus dificultades, mostró repugnancia, ofreció, rogó y amenazó don Sancho, hasta que pareciendo ce-

der por último el juicio á sus razones y promesas fingió con tanta habilidad su papel, que el rey quedó muy persuadido del buen fruto de su resolución. Añadióse además que hallándose enferma la reina, tuvo el juicio ocasion de probar su ciencia devolviéndole en pocos dias la salud, y que siendo muchos de los cortesanos en extremo aficionados á la alquimia y astrología, se grangeó en ellos poderosos protectores para con el rey, que ya sin necesidad de esto le manifestaba abiertamente una amistad asegurada con repetidas pruebas. Hizo entre tanto Abraham las mas vivas diligencias por averiguar el paradero de su hija, cuya última desgracia ignoraba, hasta que desesperado, y sin haber tampoco adquirido noticias de Usdrobal, llegó el dia señalado para su vuelta á Aragon, y en que se puso en camino colmado de honores y confianzas, y acompañado de una numerosa escolta para su honra y seguridad.

---

**CAPITULO XLI.**


---

Y á un lado miro con soberbias torres  
el palacio de Lara. . . . .

. . . . .  
. . . . .

Tanto desastre al infelice dueño,  
tanta desolacion á su familia,  
¡cuán distinto se ve! . . .

*(El Moro Expósito.) (Por don Angel de  
Saavedra.)*

**H**ALLÁBASE en esto Usdrobal fuera del castillo de Cuellar en las cercanías, adonde habia tenido que retirarse temeroso de ser conocido. Sin embargo no dejaba de hacer sus escursiones al fuerte, ansioso de saber de Leonor y de favorecer á su hermano si podia libertarle de la prision en que yacía aguardando á cada instante la muerte. Habian ya puesto en libertad á Nuño, á quien por fuerza arrancaron del lado de su señor, no pareciéndoles ser persona de importancia para que fuese preciso tenerle preso, y quizá

tambien por quitar al de Iscar el consuelo que su fiel criado pudiera darle. Los dias habian pasado lentamente uno tras otro para don Hernando, que solo en uno de los calabozos del fuerte, no acertaba á darse razon del por qué le tenian alli tanto tiempo sin decirle palabra ni sacarle al patíbulo, lo que ya casi deseaba en su desesperacion: cada mañana apenas amanecia esperaba ver entrar el verdugo en su calabozo con la escolta que habia de acompañarle al suplicio, y al menor ruido que sentia, apercibia el ánimo para el terrible trance en que á cada momento esperaba verse. Imaginaba otras veces posible su libertad, ya porque la guerra siguiera, ya porque algun amigo secreto le protegiese; pero ni la hora de la muerte llegaba, ni sus esperanzas se realizaban, y pasaba lentamente un dia tras otro sin recibir noticia alguna, ni ver apariencia de que se decidiese de alguna manera su suerte. Sin embargo no se descuidaba el buen Nuño, ni por verse él libre se habia olvidado de su señor preso, antes bien



todos los dias venia al castillo por si hallaba ocasion de verle, y ya que no podia otra cosa se contentaba con preguntar por él á su amigo el viejo Duerte, quien solia darle noticias. Volvíase Nuño descontento y gruñendo casi todos los dias del castillo, viendo que sus deseos á tan corto servicio habian de limitarse por fuerza, trazando á todas horas cómo libertar á don Hernando, para lo que ya habia intentado hablar á Duarte, puesto que la rudeza y la fidelidad de aquel viejo para con su amo el de Cuellar le quitaba el ánimo cuando mas determinado venia á confiarle su plan. Con este pensamiento, y renegando de su falta de resolucion, salió de Cuellar una tarde, y con mucho despacio, asaz pensativo y de mal humor dirigia sus pasos al pueblo de Iscar, pesaroso de haber vivido tantos años para sobrevivir á la ruina de aquel castillo, mansion otro tiempo de la alegría y el lujo, y ahora desolado trofeo del Conquistador. Ocupaban sus almenas las tropas de don Sancho, que se ha-

bian apoderado de él, y la vista de los soldados de un rey no menos odioso para Nuño que para su amo, mas de una vez habia hecho al buen viejo derramar amargas lágrimas de corage. Veíase en su vejez sin asilo y á merced de algun antiguo vasallo de su señor que por piedad le habia recogido, y esta idea cruel para un hombre acostumbrado á mirar los vasallos de su amo como siervos suyos ajaba su amor propio tanto que ni aun bastaban las ilusiones que se hacia él mismo de que aquel labriego en favorecerle no hacia sino cumplir con su deber, y era un nuevo dardo que venia á clavar-se en su alma. Envuelto; pues, en estas meditaciones caminaba, y ya el sol empezaba á ocultarse cuando alzando la vista de pronto vió un hombre enfrente de él parado que le miraba de hito en hito sin pestañear, y como si quisiera reconocerle. Miróle Nuño asimismo; pero volviendo á sus largos monólogos, prosiguió su camino sin acordarse mas de aquel hombre, hasta que en habiendo andado pocos

pasos mas sintió que le tiraban de la rienda á su caballo para detenerle, lo que le hizo volver en sí y llevar la mano á la guarnicion de la espada por lo que pudiera caer.

— Sosegaos, señor Nuño, que mas vale que seamos amigos, y yo no vengo con intencion de ofenderos, dijo el jóven que estaba pie á tierra, y en el cual reconoció á Usdrobal, á quien mas de una vez habia visto en el campo de los rebeldes.

— Por Santiago, repuso Nuño, que me alegro de hallarte, galan, pero siento que me hayas sorprendido, y si mi amo, el padre de don Hernando, me hubiese visto ahora caminar tan desprevenido, no habria dejado de decirme algo que me pesara. Pero á bien que él ya murió, su hija Dios sabe dónde estará, su hijo irá á acompañarle dentro de poco, y yo no los veré ya en todo lo que me queda de vida.

Dió á estas últimas palabras el pobre

viejo un tono tal de melancolía y pesadumbre que Usdrobal no pudo menos de conmoverse.

— Buen amigo, le dijo, es menester mas ánimo, y la esperanza no debe abandonaros tan pronto. Aqui me teneis á mí...

— Tú eres muchacho, respondió Nuño, y á tu edad lo mismo me daba á mí ocho que ochenta; pero ya soy viejo, esperaba morir en el castillo de mis amos dejándolos á ellos felices, ellos han sido mi única familia, pues yo no he tenido hijos ni muger, y no he vivido tantos años sino para ver morir á mis hijos, y su casa en poder de otro dueño que ha echado de alli hasta los perros. Amigo mio, créeme: este golpe es demasiado cruel para que yo le sufra con resignacion.

— Con todo, repuso Usdrobal, no hay que desesperarse todavía. Si esta noche quieres quedarte aqui conmigo en esa cabaña que ves, haremos penitencia juntos, y acaso entre los dos daremos traza

de que las cosas mejoren de aspecto. Puede ser que todo se componga y que hallemos medios de salvar á tus amos.

— Si tú, buen amigo, repuso Nuño, encuentras camino de burlar la vigilancia de nuestros contrarios, te juro que puedes disponer de mi vida y de mí como de un esclavo. Vamos, que no dejaré yo tambien de servir de algo en tus designios, aunque no sea mas que por mi prudencia y la esperiencia que tengo del mando, que de algo me han de servir los años, y las guerras y trabajos en que me he visto.

— Asi es, buen Nuño, replicó Usdrobal. Vamos.

Y diciendo y haciendo se encaminaron juntos hácia una choza que alli cerca entretejida de ramas de árboles que en el techo ondeaban se veía á la luz del crepúsculo como el yelmo de un caballero, y en entrando en ella los dejaremos meditando sus planes, cuyo resultado hemos de conocer por último, contentándonos con saber que al dia siguiente muy

\*

de mañana montó Nuño á caballo, y habiéndose despedido de Usdrobal salió á buscar al Velludo, que andava no lejos de aquellos contornos con su partida.



---



---

**CAPITULO XLII.**


---

. . . Mas cesa de repente  
 todo rumor, y el estridor violento  
 le sucede de un arco sacudido,  
 y de flecha veloz el silbo horrendo.

*(El Moro Expósito.) (Por don Angel de Saavedra).*

**L**A alegría de verse libre y honrado por el rey de Castilla no pudo templar sin embargo en el pecho del judío Abraham el dolor de no haber podido averiguar todavía el paradero de la desgraciada Zoraida. Harto feliz con ignorar la suerte que habia cabido á su hija, creíase el mas desventurado de los hombres, cuando á la vuelta de los emisarios que habia enviado á Valladolid, no pudo lograr noticia cierta del camino que tanto ella como Usdrobal habrian tomado. Combatíanse varios pensamientos en su interior, y hasta llegaba á veces á desconfiar de Usdrobal, puesto que semejante

idea apenas lograba hallar cabida en su alma, y era desechada con enojo cada vez que su imaginacion acalorada se la presentaba. Embebecido con esto, caminaba acompañado de una numerosa escolta que á par que mostraba honrarle, no dejaba de vigilar todos sus movimientos, como si temiesen que se les escapara. Á la mitad del camino se agregaron dos hombres á ellos vestidos de ermitaños, aunque no tan cubiertos con la capucha que no se les viese bastante del rostro para conocer quiénes eran. Traía uno de ellos un rosario de cuentas muy gordas, y en llegando á la tropa dirigió su *Laus Deo* con tan afeminada y melíflua voz que nadie hubiera creído sino que era Zacarías el que hablaba.

— Decid, hijo mio, dijo llegándose con mucha dulzura á uno de los soldados, decidme, y asi Dios os lo pague en el cielo, ¿qué escolta es esta, y á quién vais acompañando?

— Nuestro capitan, respondió el soldado, es el valiente Alonso de Vargas, y el que vamos acompañando dicen que es



un embajador, aunque otros aseguran que es un judío.

— *Sed libera nos à malo*, repuso el ermitaño: ¡ un judío! Mal hareis sino le quemais vivo ó le exigís un rescate proporcionado á las muchas riquezas que debe tener. ¡ Un judío ¡ ¡ Jesus! ¡ Jesus! *Ora pro nobis, Turris Eburnea.*

— Pues voto á Judas, replicó el soldado, que como todos pensasen como yo no habiamos de andar muchas leguas acompañándole, que no es justo que un perro como él traiga asendereados tantos hombres de bien.

— Cómo ha de ser, hijo mio; Dios dispondrá lo que mas convenga, y puede ser que no se pase mucho tiempo sin que ese mal hombre pague sus culpas y entregue á los fieles como tú lo que con sus usuras ha grangeado malamente.

— Tengo entendido, añadió el soldado, y por las barbas de mi padre que no las traigo todas conmigo, que el tal embajador de Lucifer es mágico y tiene pacto con el demonio.

— *Vade retro*, exclamó el ermitaño haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz. *Diabolicus vir.* ¿Y cómo caminais con tanto descuido con un hombre tan peligroso?

— Ande más y hable menos, juro á Dios, gritó en esto un cabo de la tropa que venia detras; y vos, señor ermitaño, idos á rezar vuestras oraciones.

— Sea lo que Dios quiera, respondió el soldado en voz baja al ermitaño, y apretó el paso en seguida.

Apresuráronlo tambien los dos anacoretas, observando al parecer con indiferencia el orden en que caminaba la escolta, que componian doce soldados armados de punta en blanco á caballo, y un número doble de infantería con sus ballestas y partesanas. Iba el judío delante montado en una soberbia mula, y á su lado el capitan Alonso de Vargas razonando con él amigablemente, y el resto de la tropa marchaba detras á cierta distancia, sin temor de ningun peligro, en dos filas, y conversando unos con otros

para entretener el camino. Cuando los dos ermitaños pasaron por donde caminaba el capitán, inclinaron la cabeza sobre el pecho en muestra de saludarle sin detenerse.

— ¿Adónde bueno, devotos padres? preguntó el capitán.

Zacarías hizo una seña á su compañero que respondiera.

— Á la ermita de nuestra Señora de los Afligidos, repuso su compañero.

— ¿Y cómo tan solos? ¿no teneis miedo de ladrones?

— En todo este camino, señor, replicó el anacoreta, no se halla uno, y además nosotros no llevamos nada que nos roben, y no podemos tentar su codicia.

— Pues decian que el Velludo, respondió el capitán, vagaba por estas cercanías.

— Nada de eso: las últimas noticias son que ha tenido que retirarse á Vizcaya. Loado sea Dios, que ha libertado esta tierra del terrible azote que la affligia.

Mas hubiera querido saber el capitán acerca de lo que se decia del Velludo, pero los supuestos anacoretas saludaron de nuevo, y apretaron el paso de modo que á poco tiempo en las revueltas del camino ya se habian perdido de vista.

— No sé por qué, dijo el judío al capitán luego que hubieron desaparecido, me da el corazon que esos dos ermitaños no son sino dos pícaros redomados, y mucho me temo que no sean espías del Velludo.

— ¡Qué! exclamó el capitán con indiferencia: el miedo os hace ver lo que no hay. ¿Qué habian aqui de venir á espíar, ni qué adelantarian con eso? Tranquilizaos, que por vida de mi padre quedaria los años que me quedan de vida por habérmelas con ese capitán de bandidos, y veriamos de qué le servian conmigo las tretas villanas de que se vale para escaparse.

— No habéis muy alto, repuso el judío, que quiera Dios que no os oiga.

— No me irriteis, vive Dios, repli-

có Alonso de Vargas, que estoy por ir solo á buscarle ahora mismo.

— Allá veremos, respondió Abrahan.

Callaron con esto, y anduvieron aun una media hora sin que sucediese cosa que de contar fuese. En esto el camino en que entraron empezó á estrechar rodeado de dos colinas muy pedregosas, y se levantaban de trecho en trecho tan elevados peñascos que bien podria tras ellos ocultarse una docena de hombres. Los últimos rayos del sol herían tibiamente las cumbres de las montañas, y apenas á cierta distancia se veían reflejar confusamente los espesos árboles de un bosque que como el término de aquella angostura se presentaba. De repente una flecha silva á los oídos del capitan, y otras dos mas se clavan en su armadura. Alzar Vargas la vista, enderezarse en la silla y empuñar su lanza, fue obra de un solo punto; pero ya habian caido muertos tres soldados, y tenia algunos caballos heridos.

— Ánimo, muchachos, gritó con voz de trueno; y ya se disponia á dar las ór-

denes convenientes, cuando un sin número de flechas quedaron incadas en su cuerpo, dos de las cuales, calando hasta el corazon, le hicieron abrir los brazos y caer de la silla dando un bramido. En este momento las dos lomas aparecieron cubiertas de gente, que desprendiéndose como un ejército de hambrientos buitres sobre las amedrentadas palomas, acabaron lo que ya habia empezado el terror, pues sin dejarles volver de su sorpresa cayeron sobre ellos con tanto ímpetu que los pusieron en fuga, no creyendo menos sino que el cielo en su ira llovía sobre ellos hombres armados. Defendiéronse sin embargo algunos que prefirieron la honra á la vida; pero ademas de que fueron pocos, fue tanto el desorden y tan impensada la acometida que no tardó mucho el Velludo en quedarse absoluto dueño del campo. Habia conservado el judío su serenidad en medio de aquel trastorno, y apeándose de la mula estaba aun registrando las heridas del capitan por ver si podria socorrerle, cuando decidida ya

la victoria se halló prisionero entre los de su partido. El primero que se acercó á él fue el devoto ermitaño , que desde el dia en que trató de quemarle no habia dejado de soñar en los muchos zequíes que habia estado á pique de agarrar sino hubiera llegado el Velludo tan á tiempo , y que desde entonces le habia seguido como su sombra por si podia hallar otra ocasion de cobrarlos. Él habia sido el que viendo cuán mal le salian sus trazas avisó al Velludo de la proporcion que tenia de batir la escolta que le acompañaba , persuadido de que cayendo el judío en poder de los bandidos , no le sería difícil atraer á su partido algunos de ellos , y á despecho del capitan , si fuese preciso, forzarle á entregar tales cantidades que pudiesen satisfacer su codicia y la de sus camaradas. Habia concertado para esto su plan con algunos compañeros que habian jurado obedecerle á todo trance , aun contra la voluntad del Velludo , y durante la accion no habia hecho mas que observar á Abrahan por si se escapaba, por

lo que fue el primero que le echó mano cuando estaba registrando, como hemos dicho, las heridas del desgraciado Alonso de Vargas. Cuando el judío reconoció al que le tenía prisionero, no pudo menos de temblar recordando la cruel tragedia en que por causa de aquel mal hombre estuvo á pique de representar el papel de protagonista, y mucho mas cuando le oyó decir :

— Dios no quiere sin duda que se pierda tu alma, y te ha traído segunda vez al camino de tu salvacion. Deja á ese infeliz, que está ya dando cuenta á Dios; vente conmigo.

— No me moveré de aqui, repuso Abrahan, si primero no me lo manda el Velludo, cuyas órdenes estoy dispuesto á obedecer al momento. Vosotros en mí debeis mirar un aliado, y yo no tengo nada que temer de vuestro capitan.

— ¿Quién lo duda? replicó Zacarías: síguenos, pues, ya que el Señor te ha libertado de tus enemigos, y dale gracias por haber venido á parte donde, co-



mo tú dices, has hallado tus aliados.

En esto llegó el Velludo preguntando por el judío, quien al momento que le hubo visto le conoció, y en llamándole, todos los demas se apartaron para hacerle lado sino Zacarías, que así se separaba de él como un perro del hueso que tiene entre los dientes.

— Señor Zacarías, señor Zacarías, dijo el Velludo con sorna dándole una palmada en el hombro, por esta vez quedó también el cordero libre de los dientes del lobo. No se hizo la miel para la boca del asno, y así no sereis vos quien la coma. Idos, pues, de aquí, antes que os haga yo andar mas que de prisa de un puntapie.

— Vuestro siervo...

Iba á contestar Zazarías, pero el temor que le inspiraba el Velludo le hizo retirarse sin proferir mas palabra.

— Veníos conmigo, prosiguió el bandolero dirigiéndose al judío; Abrahan, sois libre, y nadie os tocará al pelo de la ropa viviendo yo; vamos.

Y tomando del ronzal la mula echó á andar á su lado, antecogiendo su gente, que rica con los despojos que acababa de ganar, le seguía en buen orden, encaminándose todos hácia el bosque, que por ser ya oscurecido se divisaba apenas como una sombra en el horizonte. Luego que llegaron se enmarañaron en su espesura, y habiendo colocado las centinelas, el Velludo se retiró con el judío y un caballero armado, que luego pareció ser Nuño, y que hablaba con el primero.

— No tengais duda, que mucha experiencia tengo y he visto muy malas caras en mi vida, pero la de éste que va aqui de ermitaño no se me despintará nunca aunque viva mas que Matusalen. Él fue el guia que me entregó á mí y á mi amo la noche antes de la batalla, y por cierto que ha de conservar la marca de un latigazo que le tiré á la cabeza con esta misma espada que llevo al cinto.

— Sosegaos, amigo Nuño; replicó el Velludo, y yo os juro que las va á pagar todas juntas.

— Tiempo es ya, añadió el judío, de purgar la tierra de ese malvado.

Otras varias razones pasaron entre ellos, y la conversacion llevaba trazas de no acabar tan pronto, cuando el grito de *al arma, al arma*, resonó á la redonda por todo el bosque. Alzó la vista el Velludo, y vió que ardia una gran parte de él, cuyas llamas iluminaban los contornos con tanta luz como si fuese de dia. Los gritos se aumentaban, oíase ruido de armas, el incendio volaba, y crecia el desorden.

— Mi capitan, dijo uno de los bandidos todo desfigurado y falto de aliento, Zacarías ha sublevado una parte de vuestra tropa; y dicen que ha de ser él quien los mande, ó que les habeis de entregar este hombre, y señaló al judío.

— ¡Sangre y demonios! exclamó el Velludo; pronto, á ellos, y no hay que dar cuartel á ninguno.

— Lo mejor que podeis hacer, dijo Nuño, es echaros fuera del bosque, que en el llano dificil será que os ataquen:

me acuerdo yo que en el año 1255, día de San José por la tarde...

Iba á proseguir refiriendo lo que habia sucedido el día de San José por la tarde, cuando notó que ya el Velludo habia desaparecido, y que habia quedado solo con el judío, que en tanto riesgo no sabia qué partido tomar.

— Parece ser que es á vos á quien buscan, prosiguió Nuño volviéndose al judío. Lo mismo me sucedió á mí la noche del día de San José, como iba contando; pero aquella era situacion algo mas apurada que la vuestra, y Dios sabe cómo me ví para salir de ella.

— Por Dios, interrumpió Abrahan, dejaos ahora de eso, y veamos qué hemos de hacer, pues segun veo el fuego llegará aqui muy presto, y no nos queda mas remedio que huir.

— Lo mejor que podeis hacer, dijo Nuño, es largaros y esconderos de unos y otros, pues yo que vos no me fiaria mucho de ninguno de ellos. Venid conmigo y no tengais miedo, que basta que

hayais sido el médico de mi pobre amo para que yo os proteja y defienda contra todo el mundo.

Diciendo así tomaron la vuelta del camino, y habiendo trepado por entre unos peñascos eligieron el sitio que les pareció mas seguro, donde quedaron ocultos hasta el dia siguiente. Toda la noche duró el fuego y la batalla, y tal era el encarnizamiento con que pelearon unos con otros que hubo muy pocos de una y otra parte que no saliesen heridos. Los caseríos vecinos, los pueblos á mas de dos leguas de distancia brillaban con un color rojizo en la oscuridad de la noche al resplandor del incendio, volaban hechos pavesa los árboles, y en medio de aquel espantoso estrago oíanse los alaridos de los moribundos, las voces de los combatientes, y no parecia sino que los hombres que peleaban eran demonios que entre las llamas retozaban contentos de ver la destruccion del mundo. Sostuvo el Velludo aquella noche la fama de valiente que tan merecida tenia, no cui-

\*

dándose del peligro, arrojándose á todas partes, y combatiendo como buen soldado. Eran los suyos el mayor número, y aunque Zacarías animaba tambien sus partidarios con el ejemplo, cada golpe del hacha del Velludo parecia decidir la victoria. Seguia á éste su fiel perro, que no menos intrépido que su amo acometia á sus enemigos con increíble inteligencia y ferocidad, y mas de uno de los bandidos rebeldes fue víctima de los dientes del impetuoso Sagaz. En resolucion, al amanecer se levantó un viento fresco en direccion al sitio donde empezó el fuego, que impeliendo las llamas á campo raso le apagó en pocas horas, fulto ya de árboles en que cebarse. Amaneció nublado, y el humo cubria de tal modo la atmósfera que apenas podia decirse que era de dia. Entre tanto cesó la batalla y quedó el campo en silencio, lo que redobló la inquietud del judío y causó pena al buen Nuño, dudosos ambos por quién habria quedado el combate. Pero esta duda no duró mucho tiempo, y bien pronto ha-

biendo Nuño salido á registrar el campo, vió subir la colina al Velludo negro de humo, medio chamuscadas las barbas y el saco de cuero quemado, cubierta de sangre el hacha que traía en la mano, y con los ojos que relampagueaban de ira. Seguía su gente conduciendo algunos presos, y en llegando á la altura donde estaba el judío hicieron alto, se repartieron algunos víveres, y se pusieron en buena paz á almorzar, tan alegres y satisfechos como si nada hubiera sucedido de extraño.

El judío se acercó al capitán, y le saludó diciéndole sentía mucho haber sido él causa inocente de aquel trastorno, á lo que respondió el Velludo que él se alegraba sobremanera de aquello, porque así se había conocido ya quiénes eran los buenos y los malos de su partida. Dicho esto callaron todos, y él dió orden para que les quitaran la vida á los que traían prisioneros, lo que se ejecutó al momento, atándolos dos con dos por los brazos á los dos frentes de cada árbol

que por allí había, y disparándoles tantas flechas que su muerte fue obra de un solo punto.

— Veamos, dijo hecho esto el Vellido con mucha calma desde la peña en que estaba sentado, veamos ahora ese hipócrita de Lucifer que trataba de quitarme el mando. Por la Virgen de Covadonga que voy á hacer con él ahora un ejemplar como no se ha visto en el mundo.

Diciendo así dió un silbido, y habiendo vuelto Nuño y el judío los ojos hacia la parte adonde llamaba, vieron venir al mastin trayendo medio á rastra el cuerpo de Zacarías, que en vano intentaba desasirse de él, y que cada vez que sentía en su carne los dientes del animal lanzaba un quejido tan lastimoso como risible para aquellos bandidos, que á carcajada tendida celebraban con sumo aplauso la gracia. Señalábanle todos riendo, y hasta el buen Nuño, aunque nos cueste trabajo decirlo, pagó su tributo á la ferocidad de aquel siglo con una carca-



jada brutal. Solo el judío ni se reía, ni se conmovía, indiferente al parecer, y admirando entre sí los castigos que tarde ó temprano reserva al delincuente la providencia.

— Vamos aquí, dijo el Velludo, señor devoto, que os voy á enviar al cielo mas pronto que la vista, aunque antes no será malo que nos divirtamos un rato á tu costa, segun tu loable costumbre con los que caían en tus manos. Suéltale, Sagaz.

Con lo que el perro, habiéndole dejado libre, Zacarías se hincó de rodillas y empezó amargamente á llorar suplicándole que le perdonase la vida.

— Siquiera, decia, por el tiempo que os he servido. Yo os prometo retirarme á buen vivir, y rogar á Dios por vos: lo digo ahora de veras. Yo os prometo que no quiero mas que salvar mi alma. Yo os besaré los pies, yo...

— A ver, un latinajo, maestro Zacarías, gritó mofándose uno de los bandidos.

El Velludo le miraba con desprecio, y mas de una vez tuvo el hacha en alto para descargársela encima, á tiempo que el infeliz se arrastraba en el suelo delante de él, le besaba en efecto los pies, y pedia la vida con clamores capaces de enternecer una piedra.

-- Vergüenza me da, ¡vive Dios! dijo el Velludo soltando el hacha, de pensar que has sido tú el que ha tratado de quitarme el mando. Ven acá, alma de cántaro, corazon de gallina, ¿qué demonios tiene la muerte que tanto te asusta? Por la Vírgen de Covadonga, si no tienes mas remedio que morir, muere como hombre, y no hagas ver que eres un mandria.

— ¡Por Dios! ¡por Dios! ¡compasion! ¡misericordia de mí! gritaba Zacarías: Dios os lo premiará en la otra vida.

— Calla, cobarde, que no es cosa para tanto, ni vale tu vida el tiempo que hemos de tardar en quitártela. ¡Ea! muchachos, ahí os lo entrego para que os divirtais un

rato con él, gritó el Velludo á su gente con su acostumbrada frescura.

Adelantáronse todos al pobre hipócrita, que mas hubiera querido verse entregado á las fieras, y sin hacer caso de sus súplicas ni de los alaridos que daba, empezaron á jugar á la pelota con él como con un pelele en carnestolendas, echándose uno á otros, hasta que cansados de su diversion idearon otra de no menos ingenioso entretenimiento, y fue que cogiéndole entre dos ó tres le ataron las manos á la espalda, y en seguida por medio del cuerpo á un árbol, ligándolo fuertemente asimismo por los pies, lo que con grandes carcajadas y chistes fue aplaudido por todos. Hecho esto llamaron al perro, y poniéndolo enfrente de él á cierta distancia, y sujetándolo uno de ellos con ambas manos, hicieron por dos ó tres veces ademan de dejarlo ir contra él, riéndose á cada contorsion que hacia el infeliz, temeroso de la embestida. Por último, al cabo de haberle remedado algunos, y díchole otros cuantos donaires se

les ocurrieron , achucharon al animal , y al grito de *á él, á él*, le dejaron suelto. Arrojóse el perro con tanta furia como suelen embestir al toro los alanos que á tales peleas están enseñados , y en llegando cerca del árbol dió un salto y agarró á Zacarías del pescuezo, que olvidado de que tenía las manos atadas hacia increíbles esfuerzos por llevarlas delante para apartarle con ellas. Apenas hubo hecho presa , cuando dos ladrones acudieron á quitárselo , lo que con no poco trabajo lograron , y habiéndose vuelto á colocar en el mismo sitio que antes , le soltaron segunda vez. Varias veces repitieron la misma faena , y á la verdad que era horrible ver aquel hombre moribundo esperando de este modo una muerte lentamente penosa , y clamando ya con espantosos gritos que le mataran por Dios cuanto antes. En resolución , fueron tales los alharidos que dió , que el judío y Nuño se taparon los oídos por no oirlo , y el Velludo, levantándose de la piedra donde había permanecido mirando , puso fin á

la bárbara diversion diciendo á tiempo que se encaminaba hácia el: — Yo te haré callar, Lucifer, que ya me duele la cabeza de oírte.

Y llegándose á él le dividió el cráneo en dos partes del primer hachazo, llamó al perro, y se volvió adonde estaba el judío y Nuño, con quien se puso á hablar muy tranquilo. Y fue lo particular que en su última hora de lo que menos se acordó Zacarías fue de encomendarse á Dios ni de rezar, tan turbado estaba que hasta se olvidó de la ocupacion de toda su vida.

— No hay que temer, amigo Nuño, decia el Velludo; yo os ofrezco que antes de tres dias me tendreis á vuestra disposicion con mi tropa en los pinares de Iscar, y que se hará cuanto se pueda por vuestro amo. En cuanto á vos, prosiguió hablando con el judío, sois libre, y podeis iros donde mejor os convenga.

Diciendo asi, y habiendo reunido su partida, se despidió de ellos, y se alejó de alli precipitadamente á una espedi-

cion, si no de mucha honra, al menos de bastante provecho.

— Sino fuera que es un ladron, dijo Nuño luego que el Velludo se retiró, juro á Dios que sería un hombre con quien yo pasaria con gusto toda mi vida. Es intrépido como él solo, y se parece como un huevo á otro á un amigo que yo tuve que murió el año de 1255 el dia de San José en la batalla que os empecé á contar. ¡ Fue mucha batalla aquella!

— El Velludo, respondió el judío, es como todos los hombres, un conjunto de cosas buenas y malas.

Y montando en su mula y Nuño en su caballo, tomaron el primero el camino de Valladolid por si lograba saber el paradero de su hija, y el segundo el de Iscar, determinado á todo con tal de salvar á su señor de la prision donde maldicia su destino.



---

**CAPITULO XLIII.**


---

Abrirse ve bajo su misma planta  
la tierra de ambos polos sacudida ;  
sulfúrea niebla que la vista espanta

.....  
y en medio de los aires se levanta  
sobre un grupo de nubes sostenida,  
adusta diosa cuya sombra crece  
y allá en los cielos penetrar parece.

*( De don F. Martinez de la Rosa. )*

**D**os dias habian pasado ya desde la entrevista de Nuño con el Velludo sin que en este tiempo hubiese visto Hernando de Iscar otra cara que la de su carcelero, que con extraordinarias precauciones le tría todos los dias la comida que el desesperado caballero apenas probaba, sin embargo que el cocinero del castillo solia echar en todos los manjares cantidad suficiente de ajos y especias para despertar el apetito. Era su calabozo el cubo de una torre, sin mas vistas que una reja

que daba al campo, por donde le entraba la luz del día; un cántaro de agua y una cadena fija en una aldaba de la pared, y que ceñía al prisionero por medio del cuerpo, aunque bastante larga para permitirle ponerse en pie y andar algunos pasos, hacían el único adorno de aquella estancia. Cerrábase con una puerta doble, tachonada de clavos, que bien así como la losa de una sepultura encajaba de modo en el marco que ni aun daba paso al aire, asegurada asimismo por fuera con dos enormes cerrojos que al abrir ó cerrar el calabozo hacían el único ruido que llegaba á los oídos del Castellano de Iscar. Habíanse tomado cuantas providencias son imaginables para que no pudiera escaparse, temerosos de su valor, y Saldaña, que miraba su prision como el áncora de su esperanza, había impuesto pena de la vida por el menor descuido que padeciesen sus guardas.

Era animoso el de Iscar, y los trabajos que sufría no eran capaces de abatir su corazón; pero como al mismo tiem-



po era su genio impaciente sobremanera y en extremo altivo, su brio le hacia á cada instante exasperarse, y perdido en sus cabilaciones, á veces parecia loco y se arrancaba mechones de pelo de corage. Su carcelero, el buen Duarte, brusco y rudo como un puerco espin, apenas le hablaba una palabra, y el de Iscar, demasiado orgulloso para preguntar nada á un villano, no se dignaba siquiera de mirarle cuando le traía su comida. No venia tampoco mas que dos veces al dia, y rara vez volvia á abrir el calabozo hasta el dia siguiente; pero una tarde á deshora sintió el de Iscar el triste estruendo de los cerrojos que descorrian, y asombrado de aquel desusado ruido á tal hora, volvió la cabeza á mirar quién era con indiferencia, y vió á Duarte que con su cara de perro de presa y las llaves en la mano entraba en el calabozo. No preguntó nada el de Iscar, y era asaz tardo el honrado escudero para hablar de pronto sin meditar primero lo que iba á decir. Y no que temiese aquello de que palabra suel-

ta no se recoge , sino que se sucedian tan despacio las ideas en su embotado calétre, y era edemas tan falto de esplicaderas, que necesitaba de algun tiempo para romper. En fin , haciendo un esfuerzo, despues de haberse mordido la yema del dedo pulgar, rascádose la frente con la mano izquierda, y dado dos ó tres embestidas con el cuerpo hácia adelante como si fuese á hacer algo y no se atreviese á ello , dijo: — Pues voto á mi padre , que aqui no debeis estar muy á gusto.

Estaba sentado en el suelo el de Is-car, tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, y no hizo señal siquiera de haberle oido, por lo que segunda vez se halló Duarte en la misma dificultad, sin acertar por dónde empezaria lo que tenia que decirle.

— Yo , señor , dijo , no sirvo para esto: yo he conocido mucho á vuestro padre cuando el de mi amo y él eran amigos.

Aqui se detuvo , por ser período demasiado largo , no ocurriéndosele el cómo

podria pasar adelante ; pero el de Iscar, que oyó nombrar á su padre , no pudo menos de levantar la vista y responder con su acostumbrada aspereza :

— ¿ Y qué hay ?

Esta pregunta fue un rayo de luz para Duarte, que respondió como si lo tragese estudiado.

— Es el caso que estan haciendo en la plaza del puelo un tablado, y que tengo entendido que á mas tardar pasado mañana os van á cortar alli la cabeza. No que á mí me importe eso, ni menos me asuste, pero al fin y al cabo, como os he conocido cuando erais niño, lo siento.

El rostro de Hernando resplandeció con el gozo de la desesperacion al oir la noticia que le daba su carcelero : púsose en pie, levantó al cielo los ojos y dijo :

— ¡ Yo os doy gracias, Dios mio ! Padre mio, voy á abrazaros digno de vos, sin haber manchado en nada la gloria de mis antepasados.

Y volviéndose á Duarte prosiguió : —

Vé y dí á tu amo que lo que siento es, que no me haga dar muerte ahora mismo.

— Vive Dios que me alegro, repuso Duarte, que no os siente mal la noticia, porque en fin, así se va un hombre mas contento, y...

Aquí le faltaron ya palabras al escudero, que aquel día había hablado, puede asegurarse, casi tanto como en toda su vida, escepto cuando vivía Jimeno, á quien estaba maldiciendo continuamente por el poco respeto que el pícaro page le manifestaba. Iba ya á retirarse, cuando el señor de Iscar, templada sin duda su altivez con la idea de la muerte próxima, ó enternecido su corazón con algun recuerdo de lo que dejaba en el mundo, volvió á mirarle y le dijo:

— ¿Sabes tú de mi hermana? ¿Está aquí?

— Aquí está: ¿qué hay con eso?

Un pensamiento cruel despedazó en este momento el corazón de Hernando, y una lágrima de furor y de pena á un mismo tiempo se desprendió por su me-

gilla, á par que el temblor convulsivo de sus miembros probó la agitacion de su alma. Figuróse si estaria ya deshonrada, y tal vez en aquel momento en brazos de su enemigo, acariciándole y olvidada de su hermano, cuyo honor, que debia reflejar en ella, iba á cubrirse de nubes para siempre por culpa de una muger. El temor de deshonrarla delante de aquel villano si no era cierto lo que imaginaba, y el mas terrible de saber de fijo lo que quisiera eternamente ignorar, combatia con el deseo mas vivo de saber de ella. Por último, determinado á todo se atrevió á preguntarle:

— ¿Saldaña la trata bien?

— ¡Toma! respondió Duarte: la misma como á una reina.

-- Y ella supongo, continuó el prisionero con amargura, admitirá sin repugnancia sus atenciones.

-- Hay de todo, repuso el escudero con sequedad, aunque dicen que se está tratando la boda.

-- Mientes, le dijo el de Iscar con

\*

impetuosidad; pero acercándose á él cuanto le permitia su cadena, procuró contenerse y prosiguió: dime la verdad, explícate claramente, y yo te prometo... no sé qué, exclamó con impaciencia acordándose de que nada poseía ya en el mundo, y que estaba condenado á muerte. Este relicario de oro, prosiguió echando mano al que traía en el pecho, vale cien alfonsis, y mi padre lo llevó encima mientras vivió

-- A mí no me seduce nadie, gritó Duarte con un gruñido: ¡vive Dios! bueno es que anduvo el maldito page que está en los infiernos tras de ganarme, y no lo pudo conseguir nunca.

-- ¡Por Santiago! ¡villano! exclamó el caballero crugiéndole todos los huesos de su cuerpo de cólera, y haciendo un esfuerzo para romper la cadena, que me has de decir cuanto sepas, ó...

-- No, no hay cuidado, repuso Duarte con estúpida calma: la cadena no se rompe así como se quiera, y os vais á hacer mal si tirais de ese modo.

-- Maldito seas tú y tu amo, y ojalá que se cumpla mi maldicion, gritó Hernando con el rostro amoratado y arrojando espuma por la boca de ira, y maldita sea mi hermana, y caiga sobre ella ademas la maldicion de mi padre si mi sangre se mezcla alguna vez con la del infame Saldaña.

Imposible fuera pintar la rabia que se apoderó del desdichado caballero, que no dudó ya un punto que su hermana habia en fin cedido á las instancias de su robador: baste decir que se arrojó contra el suelo dando bramidos espantosos y golpeándose la cabeza con los eslabones de la cadena con tanta furia que el viejo Duarte, á despecho de su estúpida insensibilidad, se sintió conmovido, y aun le hubiera rogado que no se maltratase de aquella manera si el pobre hombre hubiese hallado palabras con que pedírselo. Calmado ya el primer ímpetu de su cólera, clavó el prisionero los ojos en el techo de su calabozo, y dijo con desmayada voz:

— Vos me oís, padre mio: maldición sobre la hija de vuestro cariño que ha desobedecido vuestros mandatos. Vos la hicísteis noble al engendrarla, y ella se ha prostituido á vuestro enemigo: vos la educásteis en la virtud, y ella ha preferido el vicio y ha deshonorado nuestra familia llenándome á mí de infamia. No es ya mi hermana, no es ya vuestra hija. ¡Maldicion, execracion eterna sobre esa muger! Oye, continuó fijando sus ojos en Duarte. Dile á tu amo que el único favor que le pido es que se harte de ella pronto y la odie, la mitad siquiera que le aborrezco yo á él. ¡Hermana mia! ¡hermana mia! tú eras la perla de nuestro linage, el ídolo de tu hermano, y tú le has deshonorado por último!

— Juraría que siento pasos, dijo Duarte acercándose á la puerta: alguien viene. Quedad con Dios, que no quiero que me vean hablando con vos ahora.

Y ya iba á cerrar la puerta, cuando una muger hermosa como el sueño de la inocencia, aunque abatida sobremanera y



preñados los ojos de lágrimas, le hizo señña con la mano que dejase abierto, y sin sentir apenas el pie en el suelo veloz como el pensamiento se precipitó en la prisión.

— ¡ Afuera ! gritó Duarte con su rusticidad favorita ; pero antes que pusiese en ejecucion sus palabras , como tenia medio cuerpo fuera del calabozo sintió que le asían fuertemente de un brazo , y volviendo con impaciencia á saber quién era, halló un hombre embozado en una ancha capa de pies á cabeza , que acercándosele cuanto pudo le dijo en secreto algunas palabras y se alejó en seguida. Empezaba ya á anochecer , y la poca luz que penetraba en el calabozo servia solo para dejar ver las tinieblas ; Duarte , obediente sin duda á las palabras del incógnito , se habia retirado fuera del calabozo dejando la puerta abierta ; Hernando, tendido en el suelo , reclinaba su frente sobre su mano derecha , la cabeza vuelta hácia la pared y la desesperacion en su rostro ; y Leonor, que ella era la que aca-

baba de entrar, parada en medio del calabozo, las manos cruzadas sobre el pecho, y puesto los ojos en su hermano mirándole con muestras de compasion y ternura.

— Hernando, hermano mio, se atrevió por último á pronunciar en voz baja y mirando á un lado y á otro como si temiese que la escucharan, bajándose al mismo tiempo para abrazarle.

— ¡Qué oigo! exclamó Hernando sorprendido y volviendo de repente á mirarla: ¡es la voz de Leonor! ¡Dios mio, haced que sea falso lo que me imaginaba!

— Hernando, exclamó Leonor sorprendida de la frialdad de su hermano, que no habia hecho sino mirarla, ¿te has olvidado ya de mí? ¿No me amas ya como antes?

-- ¡Pluguiese á Dios, respondió Hernando, que te aborreciera! ¡Muger! ¡muger! tú me has perdido y te has llenado de infamia á tí misma.

-- ¡Yo te he perdido! ¡yo me he cu-

bierto de infamia! exclamó Leonor sorprendida: ¿qué quieres decir, Hernando? ¿quisieras tú aborrecer á tu hermana?

-- Ó que nunca hubieras nacido, continuó el caballero con muestras de pesadumbre. Leonor, yo te adoraba; yo habia jurado no dar mi mano á ninguna muger para entregarme únicamente á tí, satisfecho con el amor puro de hermanos que se abrigaba dulcemente en mi alma; tú eras la joya de mas valor que al morir me habia dejado mi padre, la mejor riqueza de cuantas yo poseía; tu honor era para mí mil veces mas querido que el mio; me deleitaba en tu virtud, y cuando te veía hermosa, dulce y pura como un angel de luz, todos mis pesares se disipaban, el ceño de mi rostro se desvanecia, y un sentimiento inesplicable de ternura se derramaba como un bálsamo de delicia en mi corazon. ¡Ojalá que entonces te hubiese yo visto espirar en mis brazos, ó que el dia que entrastes en este castillo se hubiese desplómado sobre

tí, sepultándote bajo sus ruinas! Yo te hubiera llorado, pero no te habria maldecido.

Al decir esto apoyó su frente en la mano izquierda, inclinó la cabeza, y su respiracion anhelosa daba á conocer el tormento que le abrumaba. Púsose Leonor junto á él de rodillas arrasados los ojos de lágrimas y echándole ambos brazos al cuello.

-- ¡Hernando! exclamó: ¡ojalá, como tú dices, que hubiese sido el último de mi vida el dia que pisé este castillo por mi desgracia! Pero ¡ah! ¿qué te he hecho yo para que me maldigas? ¿En qué te he ofendido, ¡infeliz de mí! yo que tantas penas he sufrido, sola, débil, muger en fin, sin ánimo como tú para vengarme de mi perseguidor, y forzada á oponer únicamente una resistencia pasiva á sus ruegos y á sus amenazas? ¿qué mas podias exigir de mí? Yo he sabido que estabas tambien prisionero de tu enemigo: mil veces ese hombre cruel, digno de odio y de lástima al mismo tiempo, me ha ame-

nazado con darte muerte sino cedía á sus deseos. Mil veces se ha detenido en pintarme el momento de tu muerte con los colores mas negros que pueden imaginarse, subiendo al patíbulo como traidor, envilecido tu nombre, borrados nuestros blasones por el verdugo, y arrasado el castillo de nuestros padres. Y yo podia darte la honra y la vida si le entregaba mi mano, y solo en una palabra mia consistia salvarte de muerte tan espantosa. Tres dias me dió para decidirme; pasaron estos, y yo no habia hecho mas que llorar dia y noche sin determinarme á nada, y si tal vez pensaba en sacrificarme por tí, ponía á Dios por testigo de mi inocencia, y rogaba á mi padre que mirase con piedad la debilidad de su hija. Pero aun tuve fuerza para resistir y para rogar á nuestro tirano que me concediese algunos dias mas y dilatase tu última hora, esperanzada no sé en qué, y todavía sin saber á qué resolverme.

— A verme morir, respondió con firmeza el caballero: á verme morir con

el valor propio de la hija de cien héroes, y á morir tú misma primero que llamar tu esposo al verdugo de tu familia.

— ¡Ah, sí, morir! ese es mi único deseo, respondió Leonor; pero la muerte no oye la voz del infeliz que la llama, y antes he de ver rodar tu cabeza y teñida el hacha del verdugo en tu sangre, y he de oír deshonorado tu nombre, y aun quizá viviré largos años, y una voz secreta repetirá á cada instante en mi corazón: *tu hermano murió en un patíbulo por tu culpa; en tí pudo mas tu orgullo que el amor que le debias, y que te mandaba sacrificarte por él.*

— ¡Quita allá, muger! gritó Hernando apartándola de su lado con aspereza; huye de aquí, y deja que olvide que he tenido una hermana que prefiere mi deshonra á mi muerte: huye de aquí, y déjame morir en paz.

— ¡Ah! suspiró la infeliz Leonor poniéndose en pie sorprendida de aquel tratamiento tan áspero. Yo he suplicado á Saldaña que me permitiese venir á verte

pensando servirte de consuelo , y he venido solo á aumentar tu martirio. ¡ Dios mió ! ¡ qué maldicion ha caido sobre mí para merecer el odio de mi mismo hermano ! ¡ quién hay mas desdichada que yo ! ¡ Qué quieres que haga por tí ?

— Dejarme morir , y si de veras me amas , clavar un puñal en el pecho de mi asesino y vengarme.

— Hernando , tú no sabes lo que me pides , respondió Leonor aterrada ; yo solo quisiera salvarte.

-- Si tal hicieras , muger , yo te juro que sería inútil tu sacrificio , repuso Hernando , porque antes de verte esposa de ese traidor , yo mismo , yo me atravesaría con mil puñaladas el corazon , y á falta de cuchillo con mis propias manos me despedazara. Oye , la noticia del próximo fin que me aguarda , y que he recibido hoy , habia regocijado mi pecho , y hasta de esta última alegría me has privado con tu ruin proceder : vete , vete de aqui , primero que me hagas cometer un crimen , ahogándote para evitarte que

cometas tú una vileza, y sabe que te he maldecido, que en tí no veo ya sino una prostituta que va á entregarse á un malvado, que antepone la vida á la honra, y que ha venido, en fin, á amargar mi última hora con su presencia. Sí, yo te maldigo, y hasta que muera te maldeciré.

-- No, no, hermano mio, exclamó Leonor arrojándose á sus pies y abrazándole las rodillas, toda desolada y llorando. Yo no merezco tu maldición: tú eres injusto conmigo; y en fin, yo soy inocente y nada le he prometido. No me maldigas; ten compasion de mí, y máta-me si quieres, pero no me aflijas con tus insultos.

Miróla Hernando, y sintió al oír su voz dolorida, y al verla á sus pies tan acongojada, que su furor se habia calmado de repente, y hasta se arrepintió de lo que habia dicho. Porque en medio de su frenesí habia dejado escapar palabras harto injuriosas contra su hermana; era, en fin, generoso y la amaba demasiado,



para que no le pesase de su arretrato, y tratase de enmendarlo y pedirle perdón de sus injusticias.

-- Levántate, Leonor, repuso con voz mas dulce; yo te perdono: sin duda no eres culpable; pero tú no sabes adónde llega el dolor que despedaza mi alma. El peso de mis cadenas, la estrechez y el silencio lúgubre de este calabozo, los dias que en él he estado esperando hora tras hora la muerte, todo ha sido un cielo si lo comparo con el infierno que abrasa ahora mi corazón. No has prometido nada me dices. ¿Y cómo has podido siquiera dudar un instante el partido que debias abrazar? ¿cómo has podido creer que yo te agradeciera nunca una vida comprada con tu deshonor, ni cómo puedes tú ser jamas la esposa del hombre que te ultrajó y te ha ofendido, y exige tu mano por fuerza, del hombre, en fin, á quien detesto con todos mis sentidos y toda mi alma?

-- ¿Y crees tú, respondió Leonor, que le aborrezco yo menos? ¿no conci-

bes el sacrificio que estaba dispuesta á hacer por salvarte? Dios sabe si mis intenciones son puras. Pero tú eres el último de mi linage, y en tí si mueres se extinguirá para siempre. Yo no soy mas que una muger, y aunque viva, aunque te sacrifique á mi orgullo y á mi inclinacion, no puedo por mí sola sostener el esplendor de mis ascendientes. Y viviendo tú renovarás nuestros antiguos timbres con tu valor, y podrás cumplir tu venganza. Olvidarás que soy tu hermana, y mirándome como la esposa de Sancho Saldaña, yo misma presentaré á tu puñal mi pecho, dichosa si con mi muerte he salvado tu honra despues de haber salvado tu vida con mi vergüenza.

-- Calla, calla, Leonor, y júrame si me amas odiar como yo á mi enemigo, y no ser nunca su esposa.

-- ¿Y te he de dejar morir?

-- Sí, Leonor, replicó su hermano, y mi última hora será la mas feliz de mi vida si me aseguras de mantenerte en tan noble determinacion. ¿Me lo juras?

— ¡Hernando!

— No hay remedio, si no quieres que te aborrezca, replicó el de Iscar: mi muerte será un bien, será una felicidad, y yo al espirar te bendeciré.

— Separémonos como hermanos, Hernando, y no me hagas jurar lo que quizá no tenga fuerza para cumplir.

— Júralo, ú olvidamé para siempre, y mi desprecio y mi maldicion será el premio de tu sacrificio. Pero si al contrario juras dejarme morir y odiar eternamente á Saldaña, yo te amaré con todo mi corazon, te amaré como á mi hermana querida, y moriré contento.

— ¡Hernando! ¡Hernando mio! exclamó Leonor derramando un torrente de lágrimas.

— Estás resuelta, ¿no es verdad? Ven, y déjame que te estreche por última vez á mi corazon: encuentre yo en tí todavía la hermana de mi cariño. Acuérdate que el verdugo de tu hermano ha sido Sancho Saldaña, que sus manos se han teñido en tu sangre...

— Sí, Hernando mio, replicó Leonor arrojándose en sus brazos, yo te lo juro.

— ¡Padre mió! exclamó Hernando, con su mano izquierda abrazando á Leonor, y alzando los ojos y la derecha al cielo, tú has oido su juramento. Caiga tu maldicion sobre el perjurio, y vela tú desde el cielo sobre esta infeliz huérfana que va á quedar á tantos peligros adandonada si cumple lealmente lo que ha jurado. Dios mio, ten lástima de su horfandad.

— ¡Hernando! ¡Hernando! ¡Nunca mas te he de volver á ver!!! exclamó Leonor abrazándole toda trémula é interrumpida su voz con sus gemidos.

— En el cielo, Leonor, repuso su hermano con tono solemne.

La puerta del calabozo se abrió de par en par en este momento, y el embozado que habia hecho retirar á Duarte se precipitó furiosamente en la estancia, y arrancando á Leonor de su hermano con increíble fuerza, tomóla en brazos, y á pesar de los gritos y de las ame-

nazas de Hernando , cerró la puerta de golpe, corrió con grande estrépito los cerrojos, y con su preciosa carga en los brazos atravesó á pasos precipitados los corredores , subió y bajó sin detenerse las escaleras , y Leonor, aterrada y sorprendida, no creyó menos sino que volaba en los aires arrebatada de un huracan. Era Saldaña, que habia estado oyendo la conversacion de los dos hermanos, Saldaña, que habia sufrido en media hora todos los martirios del infierno en la eternidad, despedazando su corazon la rabia , y ruido de envidia, juzgando muy mas feliz á su enemigo el de Iscar, preso y sentenciado á muerte , que á él mismo en medio de los honores y las riquezas, y dueño de su libertad. Porque él cifraba su dicha en el amor de Leonor, y la habia oido decir que le aborrecia , y aunque ya hacia tiempo que lo imaginaba , nunca se lo habia oido á ella misma. Habia visto ademas la alegría de Hernando, que resuelto á morir, miraba la muerte como el camino del cielo, tranquila su concien-



cia y sosegado su espíritu, y sin temor del juicio de Dios, confiado en su inagotable misericordia; mientras él, supersticioso, pecador endurecido, y lleno al mismo tiempo de remordimientos, no gozaba un instante de paz, pensando en los eternos castigos que le aguardaban. Despechado, por último, frenético, zeloso del amor de los dos hermanos, no pudo contenerse mas tiempo, y en uno de aquellos frenesíes que solian apoderarse de él, penetró, como hemos dicho, en el calabozo, y la arrebató de los brazos de Hernando. Atravesaba el corredor á donde daba la puerta de la habitacion que en otro tiempo habia ocupado la desventurada Zoraida, cuando creyó que oía pasos de alguno que se acercaba. Pero no eran los pasos que oía como los de un ser mortal, y habia algo en el lento, melancólico y pausado ruido que hacian, que parecia cosa del otro mundo. La imaginacion acalorada de Saldaña le hizo acordarse entonces de aquella infeliz que habia asesinado él mismo, heló un sudor

frio sus huesos, erizáronsele los cabellos y sintió que le faltaban las fuerzas. Los pasos que habia oido parecian acercarse, sintió ademas un rumor semejante al que forma una ropa talar que arrastra al movimiento del que la lleva, cerró los ojos, apoyó la espalda contra la pared, estrechó á la desmayada Leonor contra su amedrentado pecho, y no acertó á seguir adelante ni á retirarse. La noche habia cerrado ya enteramente, y la oscuridad mas profunda reinaba en aquellas temerosas galerías. Los pasos resonaron mas cerca, y Saldaña apenas osaba moverse, cuando abrió los ojos de pronto y vió ó imaginó que veía una luz pálida y moribunda á corta distancia, semejante á los fuegos fátuos que suelen encenderse en los cementerios. Figurósele que temblaba asimismo el suelo bajo sus pies, como si se abrieran las losas del pavimento, y que una figura cadavérica, una muger, en su imaginacion colosal, la imágen, en fin, de Zoraida, solo que desfigurada ya con la muerte y de extraordinaria estatura,

con el mismo puñal en la mano con que le amenazaba el día que la asesinó, se alzaba fantásticamente á su vista y se encaminaba hácia él. Sintió Saldaña al verla oprimirse su corazón, crispase sus nervios, y á no tener apoyada la espalda contra la pared hubiera dado consigo y con Leonor en tierra. Pero el mismo terror que aquella aparición sobrenatural le infundia le prestó fuerzas otra vez en el mismo instante, y sin separarse del muro, puestos los ojos inmóviles en ella, á cada paso que la fantasma adelantaba retrocedía él otro, andando de lado, trémulo y falto de aliento.

Cuando llegó al ángulo del corredor ya la vision habia desaparecido, y en su lugar vió al viejo Duarte, que con una linterna en la mano venia hácia él desde el otro extremo. No pudo entonces menos de dudar si habria sido un delirio suyo la vista de aquella fantasma, y si habria tomado á Duarte por ella en su desvarío. Sin embargo, Duarte acababa entonces de llegar al corredor, y la



figura de Zoraida habia aparecido enfrente de él, y casi en el mismo sitio donde se habia presentado la habia visto desvanecerse. No dudó ya un punto de la verdad de aquella vision; pero habiendo recobrado en parte su espíritu, aunque todavía temeroso de volverla á ver, corrió con ímpetu á la habitacion de Leonor, y en dejándola al cuidado de sus doncellas, se dirigió á su estancia y se arrojó en su silla, donde quedó pensativo por largo rato.



---

**CAPITULO XLIV.**

---

Fallida ya mi esperanza  
quedo triste y sin ventura ,  
y en tamaña desventura  
no hé mas bien que mi venganza.

*(Anónimo.)*

**E**NTRÓ luego á despertarle de sus cabi-  
laciones un caballero de parte del rey, que  
le dijo que su alteza deseaba verle, y que  
le esperaba solo en su cuarto. Túvole  
que repetir el recado dos veces, á pesar  
de venir del rey, pues ademas de estar  
distruido no se picaba nuestro héroe de  
cortesano, y las penas que le consumian  
le traían tan fuera de sí que apenas po-  
nia cuidado en lo que le hablabán. Le-  
vantóse de su asiento á la segunda vez  
sin replicar palabra, y habiendo hecho  
seña al caballero de que le habia entendi-  
do, se dirigió á la habitacion de don San-  
cho, donde le halló solo ocupado en re-

volver algunos libros de astronomía. Hízole un saludo respetuoso, á que contestó el rey, quien cerró el libro que estaba leyendo, y habiéndose vuelto á él le indicó que tomase asiento y se acercase, diciéndole al mismo tiempo: — Parece, buen caballero, que os es fatal vuestra estrella.

— Vuestra alteza, señor, respondió Saldaña con tono de voz melancólico, creo que se engaña en llamar estrella á la luz infernal que guía mis pasos en este mundo. Pero lo cierto es que no hay en él un hombre mas desdichado que yo.

— Eso quiere decir, repuso el rey, que la hermana del rebelde está mas os tinada que nunca, y no nos permite con su tenacidad usar de nuestra clemencia.

— Asi es, replicó Saldaña: esa muger se ha empeñado en que su hermano muera, y en que yo me desespere y maldiga al Dios que me hizo y la hora en que ví la luz.

— Pues entonces, ya veis, contestó don Sancho, que es inevitable que se

cumpla la ley. Mi deseo hubiera sido perdonarle y reconciliar vuestras dos familias por medio de vuestro enlace con Leonor de Iscar, porque, por Santiago de Compostela, os juro que querría salvar y tener por mi servidor á un tan valiente caballero como su hermano, aunque no fuera sino por lo leal que para con mi padre fue el suyo.

— Hernando de Iscar, señor, respondió el de Cuellar, es testarudo como un toro, y yo no sé qué hacer ya con su hermana para persuadirla. Con todo, es cruel el partido que va á tomar vuestra alteza, y si pudiera ser retardar aun algunos dias...

— No, Saldaña, os engañais, interrumpió el rey; lo que sería bondad únicamente de nuestra parte, sería mirado como una prueba de debilidad por nuestros enemigos. El delito de Hernando mientras que á Nos no preste el homenaje debido y ceda su hermana á vuestras instancias, no debe quedar impune. Considerad que es el gefe de una faccion

que todavía cuenta muchos partidarios en todo el reino, y que mientras él viva y no le tachen los suyos de traidor á sus juramentos viéndole premiado á nuestro servicio, mantendrán esperanzas que debemos á toda costa desvanecer, y atribuirán á miedo la tardanza de su castigo. Os he hecho llamar, porque no he querido proceder de ligero; pero ya que vos mismo no conservais esperanza alguna de reducir á su hermana, Hernando de Iscar es preciso que muera.

— Y entonces yo, respondió Saldaña, perderé tambien lo único que me quedaba en el mundo, porque tambien Leonor morirá sin duda, y vos sereis el que por premio de los servicios que os he hecho me la arrebateis para siempre y hagais que me maldiga en su lecho de muerte, como al demonio de su desgracia.

— Saldaña, repuso el rey con afabilidad, estais loco, y no se puede hacer caso de lo que en este momento decís. Esa muger os ha trastornado el juicio.

No se engañaba el rey en lo que de-

cia, y cualquiera que hubiese visto á Saldaña girar á un lado y á otro, los ojos desatentados, la cabeza baja y contraído á veces el rostro, hubiera participado de su opinion. Luchaba entonces el corazon de nuestro héroe con cien encontradas pasiones. Deseaba por una parte vengarse de una vez de Leonor, aunque fuese á costa de sí propio; faltábale por otra fuerza bastante para ejecutar su venganza, temia echarse sobre sí un nuevo crimen, hacíase ilusion todavía de vencer la tenacidad de Leonor, pesaba además las razones del rey, y en medio de tan contrarias voluntades no sabia por qué decidirse. Y quedó algun tiempo en silencio y hablando á veces consigo mismo en confuso mormullo, olvidado de quién estaba con él, como si se hallara solo en su cuarto. Mirábale el rey, y de cuando en cuando se sonreía. Tambien él hubiera querido salvar á Hernando, aunque por diferentes razones, que puesto que hasta entonces habia aparentado ceder á las súplicas de Saldaña, no se le ocultaba al

rey lo importante que podía serle un hombre del valimiento de Hernando si lograba desconceptuarlo entre los revoltosos y atraerlo á su servicio. Pero el convencimiento en que estaba ya de que no podía alcanzar lo que quisiera, le habia hecho mudar de intento, determinado por último á hacer, ya que mas no podia, un castigo ejemplar en el gefe de sus contrarios. Por otra parte, Saldaña no veía tampoco para él ventaja alguna en cometer el delito de sacrificar á Hernando, puesto que si hubiera querido solo satisfacer sus sentidos, tiempo hacia ya que estaba Leonor á su voluntad, y en vano hubiera sido su resistencia; pero no buscaba en ella un placer pasagero, no era un instinto animal el que le hacia desearla, sino que un sentimiento profundo, una esperanza de felicidad le obligaba á todo para poseerla. Imaginábase (porque siempre nos imaginamos en nuestros sueños de felicidad lo que queremos) que aunque ella le aborreciera entonces, su empeño en agradarla si llegaba á ser su

esposo, los miramientos que con ella tendrían, volverían en cariño el odio que un resentimiento pasagero habia engendrado contra él en su corazón. Por lo que la vida de Hernando le era tan precisa como la suya propia para el cumplimiento de sus esperanzas, y sin embargo que la entrevista de los dos hermanos habia dissipado muchas de sus ilusiones, y encendido en su alma vehementes deseos de venganza, decidido á acabar una vez, aun no acertaba á determinarse, temeroso de perder para siempre lo que tal vez pudiera ganar todavía. Serenóse, pues, un poco, y exhaló un profundo suspiro.

— Vuestra alteza, dijo, no debe precipitarse en quitar la vida al de Iscar. Quizá logremos todavía que Leonor ceda, y en ese caso...

— Desengaños, Saldaña, repuso el rey; la pasión que teneis á esa dama os hace ver lo que no hay, y esperar lo que no llegará jamás, mientras usemos de la blandura con que los hemos tratado hasta ahora. Si ven que no se cumplen nues-



tras amenazas, sus oídos se acostumbraran á ellas, y no harán mas caso que de las nubes de antaño. Las que se les han hecho son las mas terribles, y nada nos queda ya sino ejecutarlas. Veremos si resiste hasta el último trance el valor de esa muger inconquistable, probemos su ánimo con el último terror que nos queda, y creedme, que si aun tiene firmeza para ver llevar su hermano al cadalso, ni vivo ni muerto debeis esparar nada de ella, porque es claro entonces que es una de aquellas mugeres que solo se hallan en los libros de caballería.

— Asi es, replicó Saldaña, y por mi desgracia vereis que no cede. Pero teneis razon, y no queda otro medio de hacer titubear su firmeza. Es preciso que su hermano muera mañana mismo, y que ella misma presencié su muerte, ó que un enlace dichoso ponga fin á las enemistades que nos desunen.

— Me alegro, dijo el rey sonriéndose, de que penseis con mas juicio, y si la mala suerte hiciera...

— Perdonad si os interrumpo, señor, replicó Saldaña frunciendo el entrecejo, que le ennegrecia como una nube el semblante; si tal hiciera la mala suerte, los demonios del infierno podian contar con un alma mas en su reino.

— ¿Y por qué no las damas, repuso el rey, con un galan mas que las obsequiase?

Saldaña no respondió: echó una mirada de indignacion y desprecio al rey, y rechinó los dientes como un condenado.

Don Sancho, que le tenia por loco, no pudo menos de sonreirse.

— ¿Con que está resuelto que mañana ó morirá el caballero, ó Leonor será vuestra?

— Y que ella, repuso el de Cuellar, ha de estar presente á su muerte.

— Par diez que estais decidido, replicó el rey.

— A todo, respondió Saldaña.

Y habiendo quedado un rato en silencio se levantó de su asiento, y sin pe-

dir permiso, ni mirar siquiera dónde se hallaba, salió de la estancia embebecido en sus pensamientos, sin oír siquiera la risa con que don Sancho celebraba su distraccion.



---

**CAPITULO XLV.**


---

En esto los de la guarda  
hicieron andar la yegua,  
y al pregonero avisaban  
gritase: esta es la justicia  
que nuestro rey hacer manda  
al moro Azarque, traidor  
contra su corona sacra.

(*Romance de Azarque.*)

**E**L sol, y no Febo, en todo su esplendor teñia ya de color de fuego las almenas del castillo de Cuellar, cuando el bullicio y algazara que resonaba en las calles de la ciudad habrian hecho creer á cualquier forastero que alguna agradable fiesta se disponia. Y no le hubiera quedado duda de qué clase de funcion era la que iba á representarse, si seguia los pasos de la multitud que se encaminaba á la esplanada de la fortaleza, donde un magnífico cadalso cubierto todo de bayeta negra se levantaba, obra sin duda de extraño artificio y particular gusto, á juz-

gar por el inmenso gentío que la contemplaba.

— Hola, hé, tío Galafre, gritaba uno que, aunque cojo y con dos muletas, corría al sitio destinado para la diversion del respectable público. ¿Sabeis á quién van á ajusticiar?

— ¿ A mí qué me importa? respondió Galafre: lo que yo quiero es que le corten la cabeza á alguno por divertirme, y tanto monta que sea á Juan como á Pedro.

— Bárbaro, gritó otro con tono magistral y muy pagado de sí mismo, no creas que vas á ver ningun echa-cuervos, que no es nada menos que al señor de Iscar, majadero.

— Cata ahí, marujilla, decia una mujer á otra amiga suya que con un niño en brazos, á pesar de ser la compasion el dote peculiar del bello sexo, se afanaba entre el gentío por ponerse delante de todos; cata ahí al señor saludador, el señor Soguilla, que esta allí con el hacha mas tieso que otro tanto, y con mas colores que la procesion del Corpus.



— Bien decia él, que habia sido verdugo en su mocedad, y ahí se ve lo que decia mi marido, que el señor Soguilla lo mismo era para un fregado que para un barrido.

— Ahí lo tienes, que parece un caballero mal comparado.

En efecto, era Soguilla, que desempeñaba aquel dia el papel de primer galan, y que á fuerza de representaciones al rey, habia merecido la plaza de verdugo, debida á sus méritos, segun él decia, aunque era fama entre sus enemigos que mas la habia alcanzado por intriga que por servicios que hubiese prestado, siendo ademas incontestable que ya no servia para el caso, aunque en otro tiempo pudiera haber puesto escuela. Paseábase él entre tanto al pie del patíbulo en el espacio que dejaban los hombres de armas que formaban al rededor, donde no permitian penetrar á nadie, pavoneándose y muy lleno de importancia, persuadido de que habian vuelto para él aquellos dias felices en que tanto habia

lucido en Valladolid, y olvidado en la embriaguez de su júbilo de las muchas coces que habia recibido de los mulos, sus pacientes, en los diversos lances en que con ellos se habia hallado ejercitando el noble oficio de saludador. ¡Tanto nos deslumbra y engrie un momento de gloria, que nos hace olvidar de nuestros trabajos!

Mientras pasaba esta escena en la esplanada del castillo, y aguardaban todos con ansia el momento en que habia de presentarse el desventurado caballero, sin el cual no podia verificarse la fiesta, representábase otra parte del drama muy diferente y mucho mas lastimosa en el interior de la fortaleza. Habia recibido ya Leonor la orden de presenciar la cruel sentencia de su hermano, y su abatido espíritu habia desfallecido al oirla. Un frio intenso como el de la muerte habia paralizado sus miembros, sus ojos desencajados quedaron inmóviles con una expresion de horror que estremecia, y una mirada tan fija y tan penetrante que fasci-

nára al que se detuviera á mirarla. Su memoria la habia abandonado del todo, sus labios cárdenos temblaban continuamente, no respondia á lo que la hablaban, y el color de sus mejillas se habia trocado en la palidez de la muerte. Estaban á su al rededor las doncellas que la servian, algunas llorosas y acongojadas, y otras el asombro en el rostro y horrorizadas de verla. No resonaba en aquella lúgubre estancia una palabra, el menor ruido no se sentia, y solo de cuando en cuando venia á turbar el profundo silencio que alli reinaba el eco oscuro é informe de las voces que alzaba fuera á lo lejos la multitud impaciente. Hubiérase dicho al verlas que algun prodigioso mágico habia encantado aquellas mugeres, ó que eran las estátuas de un sepulcro, teniendo en medio de ellas la verdadera imágen del dolor y la desesperacion. Largo rato permanecieron de esta manera, hasta que abriéndose la puerta de la habitacion entró el gefe de los aventureros acompañado de algunos soldados, que



traían una silla de manos, y un grito involuntario de horror que lanzaron todas á un tiempo fue la primera señal que dieron de que no habian perdido todavía su sensibilidad. Pero Leonor no dió por eso muestras de recobrase de su letargo, y cuando el capitan aventurero con su tabernaria insolencia se acercó á la desventurada doncella, no hizo mas movimiento que entreabrir los labios y clavar los ojos en él con estúpida admiracion.

— No hay porque asustarse de verme, le dijo Martin Gutierrez, y en verdad que no es para tanto, que tambien he visto yo cortar la cabeza á mi hermano, y no estuve yo muy lejos entonces de perder la mia, lo que hubiera sido peor. Ánimo, juro á Dios.

Los labios de la infeliz Leonor se contrajeron oyéndole, dejando ver sus dientes enclavijados con la espresion amarga de los que padecen la enfermedad llamada risa sardana, sin por eso quitar de él sus ojos estupefactos.

— Vaya, levantaos, señorita, pro-

siguió el jaque aragonés, y entrad en esa silla de manos, y despachaos, porque sino juro á Dios que no vais á llegar á tiempo.

No respondió Leonor, ni dió señal de haber oido lo que le decia aquel salvaje, por lo que viendo que habia de esperar en valde si aguardaba á que se moviese, la tomó en brazos y la colocó en la silla, sin que ella opusiese resistencia alguna, indiferente á todo, y fuera de sí.

— Ahora bien, señoras, vamos andando, que para todos hay.

Y haciendo seña á los soldados de que anduviesen, salieron de la habitacion y se encaminaron á la galería que daba vista á la esplanada, diciendo al mismo tiempo entre dientes: — Por Santiago, vive Dios, y asi el diablo me lleve, que me da lástima de esta muger, y que mejor la abriria en canal con la espada que verla como la he visto. ¡ Maldiciones y rayos me caigan! la pobre no está acostumbrada; ¡ cuerpo de Cristo! pero este es el

modo de que se vaya haciendo á las armas.

En medio de la galería un asiento cubierto de luto habia atraído ya varias veces las miradas de los espectadores, y muchos de ellos envidiaban de buena fé la suerte de la persona que lo ocupase, y que con tanta comodidad vería desde allí al reo y al verdugo en el interesante momento de atarle los brazos á la espalda y descargar sobre él la cuchilla. Pensaban algunos sería aquel asiento para alguna persona muy principal, ó quizá para el mismo rey, que lo habria hecho construir allí para disfrutar cómodamente de tan agradable espectáculo, no pudiendo persuadirse que hubiera en el mundo nadie que no tuviese el mismo gusto que ellos. Alzaban de tiempo en tiempo los ojos á mirar quién era el que con tanto tino habia elegido aquel puesto para recrearse, creídos ademas en que aquel personaje, quien quiera que fuese, habia de ser quien hiciese seña de que comenzase la fiesta. Pero no quedaron poco sorprendi-

dos cuando en lugar del rey, ó del señor del castillo, como aguardaban, vieron colocar allí á una muger, que con semblante de loca los miraba sin pestañear, mientras que una guardia de soldados la rodeaba, armados de punta en blanco y con sus partesanas al hombro. Los que antes habian alabado el pensamiento del rey, dieron por cosa segura que era la reina, y no elogiaron menos su buena determinacion y corazon bondadoso; pero bien pronto se estendió la voz por la multitud de que era la hermana del señor de Iscar, sentenciada á presenciarse la muerte de su hermano. El ruido, las voces, la vista de aquel inmenso gentío apenas hicieron impresion en el ánimo de Leonor, que oía y veía todo aquello confusamente como los fantasmas del delirio de un moribundo; pero una vez sus ojos quedaron fijos en el enlutado cadalso, y un grito histérico, que resonó sobre las voces y el estrépito del gentío, fue lo primero que indicó que empezaba á recobrar sus sentidos. Volvió empero á poco rato á mi-

rarlo y solo se estremeció, y luego quedó de nuevo como alelada sin apartar la vista del patíbulo donde debía perecer su hermano, y no dió ya mas muestras de sentimiento, sino que de cuando en cuando la contraccion de los músculos de su rostro presentaba en su boca una sonrisa de hiel. Seguramente formaba un raro contraste con la alegría y el ruido de los que abajo contemplaban el cadalso á falta de otro mejor espectáculo, el silencio y la tristeza profunda que reinaba en la galería. Los hombres de armas inmóviles en sus puestos, la vista fija y sin desplegar sus labios; las damas de la infeliz Leonor cubiertas de luto y acongojadas, y ella, mas que todas apesadumbrada en el alma, estática mirando al cadalso con el ahinco que distingue á los locos y la fisonomía del que padece accidentes nerviosos. Estaba junto á ella un heraldo con su cetro en la mano con orden de arrojarlo en tierra para que se suspendiese la ejecucion si la infeliz, conmovida con tan horrible espectáculo, cedia

en fin á los deseos del Castellano de Cuellar.

Mas de una hora habia ya pasado en tan terrible agonía, admirados los espectadores de que tardase tanto en llegar la víctima, ignorantes todos ellos del terrible plan de Saldaña, que habia mandado procediesen en todo muy despacio, á fin de dar tiempo de pensar á Leonor sobre la facilidad con que podia salvar á su hermano del suplicio, y aumentar por grados con la reflexion el horror que aquella lúgubre escena debia inspirarla. Pero el tiempo, que sin compasion, curtido ya en crímenes, parece que tiene un placer en adelantar la hora funesta en que ha de acaecer alguna desventura, ó traer la muerte y el desconsuelo á los hombres, no quiso entonces detener tampoco su tan veloz como silencioso vuelo, sino que señaló el momento en que el de Iscar habia de terminar su carrera, y no tardó en oirse una trompeta que impuso silencio en la multitud, y luego una voz que con acento ronco y sonoro gritó di-

ciendo en aquel instante: — *Esta es la justicia que manda hacer su alteza el muy poderoso rey nuestro don Sancho IV en la persona de Hernando de Iscar, á quien manda conducir con una soga al cuello y cortarle la cabeza públicamente por traidor y desleal á su rey, debiendo aquellá fijarse en la puerta principal del castillo de Iscar que perteneció á este rebelde, despues de haber borrado sus armas por mano del verdugo, para escarmiento de traidores y oprobio de su descendencia.*

La voz resonó como el redoble sordo de un tambor enlutado, y ni pie ni mano movió todo aquel numeroso concurso, atento á las palabras del pregonero. Otra vez se repitió el mismo pregon al cabo de un rato, sonando ya la voz mas cerca, y luego entre las dos filas de los soldados que cubrian el camino que llevaba al patíbulo, se dejó ver el que aquellas voces daba, la cabeza descubierta, andando muy despacio, con una trompeta en la mano, y detras de él á Soguilla, gordo y cubierto de sudor tirando de una

larga sogá de esparto atada al pescuezo del reo, que como si estuviera con algun parasismo iba casi en el aire sostenido por bajo de los brazos, que apoyaba en los hombros de dos soldados. Faltaba entonces *caridad* con los que ajusticiaban, y no habia como ahora *hermanos* por consiguiente que con la mayor *caridad* del mundo acompañan á un hombre á morir por fuerza, haciendo desaparecer de este modo lo único que semejante lance puede tener de cruel. Por lo que como hemos dicho los hombres de armas hacian el papel de *caritativos* con el desmayado caballero, lo que no poco sorprendió á todos, que aguardaban verle venir con serenidad y firmeza, despreciando la muerte y conservando hasta su última hora la fama de valiente que habia merecido en su vida. Pero quizá habia llegado su alma, á fuerza de tanto sufrir, á perder por último su vigor, ó tal vez las pasiones que la habian agitado tanto en los dias anteriores habian dejado su corazon fatigado en aquel vacío lóbrego, en aquella fria insensibili-



dad que es el resultado seguro de haber sentido con demasía. Tambien la falta de alimento, pues como ya hemos dicho en otro capítulo gustaba apenas de la comida que le traían, podia ser causa de su desaliento; mas cualquiera que fuese, lo cierto es que venia tan abatido y desmayado que se dejaba llevar como un muerto, y muchos de sus partidarios que entre la turba se hallaban, se avergonzaron entre sí de haber obedecido á un hombre de corazon tan pusilánime, y que se cubria el rostro con el pico de su capa, sin duda por no atreverse á mirar frente á frente el patíbulo. Entonó el pregonero tercera vez la sentencia enfrente de la galería donde estaba Leonor, que en el delirio de su fantasía no habia hecho alto en aquella voz, que como uno de tantos gritos habia llegado á su oido hasta aquel momento. Pero entonces se notó que penetraba sin duda hasta sus entrañas, porque apartando de pronto los ojos del cadalso, de donde no los habia quitado hasta entonces, estremeciósese toda, púsose en pie, su rostro

desencajado volvió á entrar en su centro, y miró á su hermano dando un profundo suspiro y señalándole con el dedo. Brotaron sus ojos dos lágrimas que lentamente enlutaron sus encendidas megillas, que parecían áscuas con la sangre que se le habia arrebatado al rostro; pero bien pronto tomaron el color de la cera, las fuerzas le faltaron, y se arrojó en su asiento como si hubiera perdido el conocimiento. Era el momento crítico en que debia Hernando salvarse ó morir, y realizar Saldaña sus esperanzas ó verlas desaparecer para siempre. Acudieron sus doncellas al punto á socorrer á Leonor, que con los ojos cerrados no hacia sino suspirar, pero que al ruido que sintió junto á ella volvió á abrirlos, y viéndolas les hizo señas de que la dejasen.

— ¡Dios mio! exclamó: dadme fuerzas para resistir. ¡Él es! ¡Él es! ¡Ah! ¡y yo le voy á perder para siempre!

Volvió entonces la cabeza á otro lado, pero á cualquiera que dirigiese la vista no hallaba nada que la consolase. A su dere-

cha delante de ella se alzaba el cadalso, enfrente estaba su hermano tan débil y exánime, sin duda por lo mucho que habia sufrido, que no podia caminar por su pie, y detras de ella se estendia una fila de hombres de armas insensibles á su dolor, y que con semblante tan impasible como de piedra contemplaban la ejecucion, mientras que la trompeta y la voz del pregone-ro herian su oido con la terrible sentencia que publicaba. Los espectadores, lejos de mostrar piedad, unos se mofaban de los pocos hígados del caballero, otros disputaban muy acalorados sobre si era ó no el caso para perder el ánimo, y muchos con estúpida gravedad miraban aquello como hubieran mirado cualquiera otra cosa, es decir, sin saber ellos mismos por qué miraban, sino es porque habia otros que estaban mirando tambien. Pero imposible es pintar lo que Leonor padecia. Hasta entonces la insensibilidad en que habia estado la habia hecho mirar todo con indiferencia, pasando por su enagenada imaginacion cuanto veía como las

visiones de un sueño, harto feliz si la muerte la hubiera sorprendido en aquel estado. Pero el nombre de su hermano que acababa de oír trajo á su mente, alestargada hasta aquel momento, el triste recuerdo de cuanto habia sucedido, y recobró, puede decirse, el juicio para conocer con él por sí misma todo el rigor de su desventura. Entonces vió la muerte y la deshonra por una parte, la vida, la muerte y la deshonra por otra, pero con la diferencia de que la vida sería para su hermano, y la muerte y el deshonor para ella. Pero el juramento que le habia hecho de nunca ceder á las instancias de Sancho Saldaña, las maldiciones que caerían sobre su cabeza si faltaba á un juramento en que habia tomado por testigo á su propio padre, invocándole y alterando su paz en el otro mundo, para que viese á su hija cometer al fin un perjurio, hacia titubear todavía su generosidad.

Entre tanto el pregonero tocó por última vez la trompeta al pie del cadalso, y por última vez repitió su pregon con

mucho placer del gentío, que esperaba ya con ansia el desenlace de aquella tragedia tan larga. Quitó Soguilla la cuerda del cuello del caballero, que no enderezó ni movió la cabeza, que llevaba caída sobre el pecho, enteramente cubierta la cara, y la comitiva hizo alto, mientras el experimentado verdugo subió al tablado y arregló el banquillo en que había el reo de sentarse y las sogas con que debía atarle las manos. Y sin duda se detuvieron en aquel tremendo sitio con intencion mas tiempo del que debieran, porque ya Soguilla había concluido sus quehaceres en el tablado lleno de satisfaccion y hecho señas de que le subieran su víctima, y todavía estuvieron parados algunos minutos como si esperaran alguna orden. Entonces treparon al cadalso los dos hombres que sostenian al reo, el cual en aquel momento dejó caer los brazos lánguidamente, que había llevado hasta entonces apoyados en las espaldas de los soldados, torció la cabeza á un lado sobre el hombro izquierdo, y, sin duda acometido de algun mortal parasismo, se

\*

dejó llevar como un cadáver al asiento que le tenían destinado, donde le aseguró el verdugo con las cuerdas que ya con esta intencion tenia preparadas. En este momento uno de los reyes de armas se acercó á Leonor y le dijo :

— Mirad, señora, que va vuestro hermano á morir.

No pudo menos la afligida dama de volver á mirar el cadalso á tiempo que el verdugo tiraba atras el pie izquierdo, y levantada el hacha en la mano, balanceaba el cuerpo para tomar brío y descargarla con fuerza sobre el desnudo cuello del caballero, que no movia pie ni mano, ni hacia ningun movimiento, inclinada la barba sobre el pecho, inmóvil en aquella postura sin duda por estar atado, y sin dar señales de vida. Este espectáculo produjo en Leonor la sensacion que debia aguardarse: lanzó un grito de los que en ninguna lengua tienen ortografía, y levantándose de su asiento exclamó con voz en extremo penetrante y sobresaltada:

— No, no, deteneos; yo puedo sal-

varle: dónde está el rey: yo quiero ver al rey, yo quiero salvar á mi hermano.

A la primera parte de sus interrumpidas voces, que llamaron la atención de todo el mundo y promovieron un sordo murmullo en el concurso, parecido al rumor lejano del mar, ya el heraldo habia arrojado su cetro, que cayó á los pies del de Iscar, el verdugo detuvo el golpe en el camino muy á su pesar, y echando un juramento entre dientes, retiró el pie que tenia delante y bajó al suelo la terrible hacha. El pueblo comenzó poco á poco á alborotarse, se oyeron voces de *muera, muera el traidor*, las mugeres y algunos prudentes varones chillaron, ó se precipitaron huyendo, ondeó aquella grave masa del pueblo como las copas de un bosque de palmas azotadas por el huracan, presentaron las puntas de sus picas y partesanas los soldados que formaban al rededor del cadalso, las voces de *muera* crecian á cada momento, confundíanse unos, atropellábanse aquellos, gritaban todos, y ya empezaba la ira á prestar armas al po-

pulacho, que enemigo acérrimo de los traidores, ó mas bien indignado de que asi se le aguase la fiesta cuando ya estaba á punto de terminarse á gusto de todos, se desató en amenazas é improperios, y se dirigió con nunca vista furia contra el pobre caballero, que no habia levantado todavía la cabeza, ni dado señas siquiera de oír lo que pasaba, dispuestos todos á relevar á Soguilla en su importante cargo y desobedecer al rey mismo, arrebatados sin duda del ardiente amor á la justicia que los animaba. Pero nada de esto veía ya Leonor, que en el momento que acabó de hablar fue llevada de allí sin conocimiento en brazos de sus doncellas y conducida al salon donde estaba el rey acompañado de algunos de su corte y de Sancho Saldaña, que á cada instante no hacia sino salir y entrar con muestras de impaciencia y desesperacion como loco. Cuando entraron allí á Leonor Saldaña se sonrió, pero no por eso desarrugó su entrecejo, ni puede decirse que se alegrara su alma, y un condenado que viera desde



su infierno el resplandor de la gloria, quizá sentiria lo mismo que él á la vista de aquella infeliz.

Leonor volvió en sí en un delirio sin saber lo que se decia.

—No, yo no puedo ya mas; perdóname, hermano mio; era un juramento horrible... yo no debia cumplirle.

Y arrojándose á los pies del rey prosiguió:

— ¡ Ah! señor, perdonad la vida á mi hermano... vos sois generoso... él era vuestro enemigo, pero es el último de su linage. Tomad mi vida, haced lo que querais de mí. ¿ Veis? ¡ yo tambien era vuestra enemiga, y estoy ahora llorando á vuestros pies!... yo os pido por él: ¡ ah! no seais inexorable á mis ruegos.

El tono de la voz de Leonor era tan dulce, habia en sus palabras una magia inesplicable, su mismo delirio, la palidez de su rostro, sus ojos cubiertos de lágrimas que fijaba en el semblante del rey con cierta espresion de dulzura y de enagenamiento, la hacian parecer tan her-

mosa en medio de su dolor, como la imaginacion no alcanza á figurarse, ni bastaria á retratar el mismo pincel de Murillo. Compadecióse el rey, que al cabo era generoso y muy galan con las damas, no pudo menos Saldaña de apartar la vista á otro lado para enjugarse una lágrima (quizá la primera que habia derramado en su vida), y cuantos estaban presentes tuvieron que hacer un esfuerzo para contener les suyas.

—Hermosa dama, dijo en fin el rey con mucha afabilidad, levantaos, calmad vuestra agitacion, y no desperdiciéis así esas lágrimas en conmover corazones que teneis ya avasallados con vuestra hermosura. Preciso fuera que yo tuviera un corazon de mármol para que fuese insensible á vuestras súplicas: sí, yo estoy pronto á perdonar á vuestro hermano, á olvidar todo, á devolverle cuanto ha perdido, y á honrarle ademas con mi confianza. Pero yo tambien tengo que pedir á vos otra gracia, y no creo que me la negueis. Un odio de muerte ha separado

dos familias que en otro tiempo siempre estuvieron unidas y en la mayor amistad. Tiempo es ya de que olvidemos todos nuestros remordimientos, y sacrifiquemos nuestras rencillas particulares en obsequio del bien de la patria. Ya veis que yo no soy el último que las olvido. Un enlace pondrá fin á las disensiones de estas dos familias: ofrecedme ser esposa de Sancho Saldaña, y yo os cumpliré mi promesa. Dichosa vos, de quien se dirá que por un rasgo de generosidad habeis trocado en amor el odio de dos casas tan enemigas.

Calló en diciendo esto, y Leonor no hizo sino suspirar. Saldaña no quitaba de ella los ojos, aguardando con ansia que respondiera.

— ¡Ah! no hay remedio, exclamó Leonor: padre mio, ten compasion de tu hija: sí, prosiguió encarándosé al rey, dad la vida á mi hermano, y yo... yo seré... sí, estoy resuelta, yo seré la esposa del Castellano de Cuellar.

En este mismo instante un grito de

horror resonó en la estancia, y una maldición espantosa, y el ruido que hace un hombre que cae de pronto, hizo volver los ojos de todos hácia Saldaña, que estaba á un lado detras á cierta distancia del rey, á quien hallaron tendido en el suelo, el cabello erizado, sobrecogido y temblando.

— ¿No la habeis visto? allí estaba... Zoraida... con un puñal. Sí, Zoraida, la muger que yo asesiné, exclamaba señalando á un ángulo de la habitacion. No, no es ilusion, yo la he visto.

— Dejad, Saldaña, vuestras locuras para otra ocasion, dijo el rey con tono severo, que no parece sino que teneis gusto en asustar á vuestra esposa.

— Será locura, como vuestra alteza dice, repuso Saldaña avergonzado de lo que habia hecho, aunque no todavía muy recobrado de su temor, pero yo juraria que la habia visto, y...

— Señor, interrumpió Leonor, doy gracias á vuestra alteza por no haber quitado la vida á mi hermano, aunque sea

bajo una condicion que hará sin duda la desgracia de los pocos años que creo me queden ya en este mundo. Con vuestra licencia me retiro.

— Mi corazon, hermosa dama, respondió el rey desentendiéndose, os desea mil años de vida y de inalterable felicidad.

El tono melancólico de Leonor, y las lágrimas que centelleaban en sus ojos de cuando en cuando, manifestaban bien claramente la profunda tristeza que iba á echar hondas raíces para siempre en su corazon. Saldaña se acercó á ella con timidez y se ofreció á acompañarla, pero Leonor rehusó su compañía, suplicándole la permitiese llorar sola primero su suerte, para esforzarse despues á sufrirla con resignacion. Dicho esto se retiró á su cuarto, donde la dejaremos, porque fuera empresa imposible querer pintar los tormentos de su alma, que tanto habia padecido, y los delirios de su imaginacion, afligida con la amarga ilusion del porvenir tan negro que la aguardaba.

---

**CAPITULO XLVI.**


---

Cruzan las calles gentes á manadas ,  
 . . . . .  
 derriba , rompe , tiende , parte y mata ,  
 trastorna , arroja , oprime , estrella , asuela ,  
 envuelve , desaparece y arrebatata.

( *De Vicente Espinel.* )

**E**NTRE tanto el populacho , siempre fe-  
 roz , y mucho mas en aquellos siglos in-  
 cultos , habia venido ya á las manos con  
 los soldados , y como si fueran enemigos  
 mortales , unos y otros acometíanse con tan-  
 ta rabia , y dábanse tan tremendos gol-  
 pes y tan sin lástima , que bien pronto  
 por matar al traidor , como ellos decian ,  
 quedaron gran número de leales tendidos  
 por tierra y anegados en su propia san-  
 gre. Venció en un principio el ímpetu  
 popular , que arrolló á los primeros que  
 presumieron oponerse á su furia , atro-  
 pellando á los hombres de armas que

guardaban al reo, y arrojándose como un torrente sobre el cadalso recio turbion de salvages dando grandes gritos en derredor del de Iscar, que inmóvil como una piedra habia conservado su posicion, puesto que tampoco el verdugo se habia apresurado á desatarle las ligaduras.

— ¡Arrastrarle! ¡Matarle á este ladrón! ¡Muera el traidor! Tales eran las voces de aquella desenfrenada muchedumbre, que no hay juramento que no arrojase, mala palabra que no digese ni insulto que no le hiciera. Viéndose vencedores, parecióles lo mejor divertirse en arrastrarle por las calles, aprobándolo todos unánimes como el mejor y mas gracioso pensamiento del mundo. Y no se detuvieron mucho tiempo en arrojarse sobre el caballero y poner en obra su idea, sino que preparadas las cuerdas con que habian de arrastrarle, le desataron en tumulto y se lanzaron sobre su presa. Pero quedaron todos atónitos cuando vieron que en vez de ponerse en pie el caba-

llero con intencion de defenderse, como aguardaban, ó lleno de espanto para suplicarles que le perdonaran la vida, apenas le soltaron los cordeles que le sostenian se desplomó en tierra sin sentido, y le hallaron frio y yerto como una estatua de hielo. Atribuyeron en un principio al miedo aquel parasismo que le hacia parecer como muerto, pero bien pronto se desengañaron, y habiéndole mirado con mas despacio hallaron que era efectivamente un cadáver. Arrancáronle con furor una especie de máscara que le cubria el rostro, y en que nadie habia reparado hasta entonces, y ya como pájaros de rapiña, irritados cada vez mas con lo que ellos llamaban una burla, iban á hacerle pedazos, porque el furor popular ni aun á los muertos perdona, cuando gritó uno de los circunstantes:

— ¡Engaño! ¡Traicion! Que no es el señor de Iscar, ó el diablo ha tomado ahora la cara de Duarte para engañarnos.

— ¡Es verdad! gritaron todos miran-



do con asombro el cadáver del pobre escudero.

—El de Iscar se ha escapado sin duda, y ha dejado en su lugar al demonio.

—No hay duda en eso, respondió el albeitar de los hombres y las bestias del pueblo con mucha prosopopeya, y enarcando con mucho misterio las cejas. El de Iscar salió la otra noche volando por una tronera, y no hay que replicar, porque lo que digo lo sé de muy buena tinta.

En este momento gran fuerza de soldados cayó sobre los alborotadores con aquel encarnizamiento con que los satélites que usan la librea del despotismo acometen siempre con razon ó sin ella á sus indefensos hermanos, y habiéndose vuelto á enredar la sarracina de palos y cuchilladas, la victoria se decidió en favor de la tropa, que no satisfecha con arrojar de alli al pueblo, corrió por las calles, escaló las casas y atropelló á todo el mundo, sembrando la muerte por todas partes, hiriendo y asesinando á pla-

cer y cebándose en la matanza, hasta que restablecieron el orden, es decir, *la paz de las tumbas*, en aquella desolada ciudad. La esplanada del castillo quedó desierta, las calles cubiertas de muertos, y el cadáver del viejo Duarte por el diablo, hasta en la imaginación de los que mas se jactaban de estar exentos de vulgares preocupaciones.



---



---

**CAPITULO XLVII.**


---

Venganza pido, y por venganza anhelo,  
 si de vos por ventura alguno tiembla  
 que en semejante infamia sumergida  
 su hija, su hermana, ó su consorte sea;  
 el que en sí oyere del honor el grito  
 como en mi pecho destrozado truena,  
 ese me siga á castigar mi injuria,  
 y asi la suya con valor prevenga.

(*Quintana. Del Pelayo.*)

**D**os dias despues de estos sucesos descansaban una mañana al amanecer tres hombres sentados en las riberas del rio Adaja, hácia la parte de Olmedo, arropados dos de ellos en sus anchas capas, mientras el otro en cuerpo gentil parecia desafiar el aire frio y penetrante que rizaba las aguas del rio. Estaba uno de ellos, que asimismo tenia trazas de ser el mas principal, triste y pensativo en extremo, dormia el segundo embozado profundamente, y el tercero, que era sin duda el Velludo, se entretenia en

acomodar el hierro de una flecha en un grueso haston, cuya punta afilaba con su cuchillo. Mas de una hora hacia que estaban así ocupados sin hablar palabra, cuando el Velludo, envainando el cuchillo y poniéndosele en el cinto se levantó, y después de haber mirado á una y otra parte, como si esperase á alguno, se dirigió al primer embozado y dijo:

— En verdad, señor don Hernando, que Usdrobal tarda mucho en volver, y me temo que le hayan echado el guante, y por la Virgen de Covadonga que lo sentiria.

— En efecto, respondió el de Iscar, que él era el que parecia tan imaginativo.

— Y que no siempre, añadió el Velludo, tiene un hombre la suerte que vos, que habeis escapado en un tris.

— Por Santiago, replicó el caballero, que no sé si deba ó no agradeceróslo.

— La muerte, señor caballero, es como cualquiera otra cosa; pero si está de Dios que uno no ha de morir, no hay

mas remedio que conformarse. Pero me tiene inquieto ese demonio de chico, no sea que haya cometido alguna imprudencia.

— ¿Estais seguro de su eficacia? preguntó el de Iscar.

— Creo que baste deciros, que mas que á otro ninguno le debeis á él estar ahora disfrutando del vientecillo que sopla.

— Yo no dudo de su lealtad, respondió Hernando.

— Pues en cuanto á lo demas, yo os lo fio.

Era el de Iscar demasiado valiente para que sospechase bajamente de nadie, y mucho mas de hombres que sin esperanza de ningun premio habian arriesgado su vida por salvarle la suya; pero su natural impaciencia y el ansia que le fatigaba de saber noticias de su hermana, á quien habia dejado en situacion tan embarazosa, le hacia tachar de negligente al que le servia con mas celo.

— ¡Qué feliz es este hombre! dijo

\*

mirando á Nuño, que roncaba como un bendito. ¡Qué bien duerme!

— Como que hace dos noches, replicó el Velludo, que apenas hemos cerrado los ojos.

— Y yo, repuso el de Iscar, creo que no he de dormir ya mas en mi vida, que no parece sino que he hecho voto de no tener nunca sueño.

— Sin embargo, respondió el Velludo, ¡vive Dios! que no creo que le hayais hecho de no comer, y asi no será malo que nos lleguemos á mi cuartel general, donde me da el carazon que nos han de tener ya dispuesto un cabrito y algunas botas de vino. Ánimo, señor caballero, que las duelos con pan son menos, y despertemos á este buen hombre, que lleva trazas á lo que veo de no dar cuenta de su persona hasta el dia del juicio sino le llamamos nosotros antes.

— Asi es, respondió el caballero; y empujándole con el pie en las espaldas le llamó por su nombre dos veces, y á la segunda se enderezó Nuño, refregándose

los ojos y bostezando, con muestras de estar muy falto de sueño.

— Apostaría, dijo abriendo al mismo tiempo mas de un palmo de boca, á que no me habeis apenas nombrado cuando yo ya estaba despierto. Era la tema de vuestro padre, que decia que no habia un sueño mas ligero que el mio. Me acuerdo que en el año 1243...

— Levantaos, Nuño, levantaos, y dejaos ahora de cuentos viejos, cuando tenemos tanto que hablar de lo que nos sucede.

— Ya sé yo, repuso Nuño, que no gustais vos de que yo me alabe; pero aqui está mi amigo el Velludo, que puede decir si miento.

— No hay duda, buen Nuño, repuso el Velludo, teneis el sueño de un pájaro; vamos.

Y habiéndose puesto en pie el veterano, se encaminaron los tres hácia la parte del pinar mas espesa, dando mil vueltas y tropezando á cada instante con las centinelas que tenia el Velludo apos-

tadas, hasta que llegaron á un sitio donde estaba reunida parte de su tropa y ardía en medio un monton de leña donde se asaban carneros enteros, ocupados unos en hacer el rancho y otros en calentarse al rededor de la hoguera. Cuando llegó el Velludo se apartaron todos para hacerle lugar, y asimismo á los que le acompañaban, pero el capitan, en quien el frio y el calor no hacian mella, curtido como tenia ya el pellejo, les dijo que no se moviesen, que no queria acercarse á la lumbre, y Hernando, demasiado embebecido en sus penas para pensar en el frio, se recostó contra un tronco sin desembozarse. Solo Nuño se acercó á la hoguera restregándose las manos y dijo: — Vive Dios que no hay cosa como un calenton en estas mañanas frias, y que vale mas que un pedazo de pan. ¡Ea! amigos, hacedme lado, que yo ya soy viejo, y creo que se me ha helado la sangre.

Pero no tardó mucho en llamarle el Velludo, como tambien á su amo, convidándoles á almorzar, para lo que no se



hicieron de rogar mucho, especialmente el honrado veterano, á quien el aromático vaho del cabrito asado habia dado ya en las narices. Sentáronse, pues, á la redonda, servidos por uno de los bandidos que tenia el encargo de no dejar nunca el zaque vacío, y puesto que no podia menos de repugnar á la vanidad del caballero la compañía en que se hallaba como de igual á igual, y le abrumaran sus pesadumbres el corazon, tomó tambien su puesto, y empezó á comer con bastante buena gana, aunque distraido y volviendo á cada instante la cara hácia el camino que Usdrobal debia traer. El primero que rompió el silencio fue Nuño, que puesto que como vasallo respetuoso hubiera él querido que su señor empezase, la gana de hablar pudo en él tanto que no acertó á callar por mas tiempo.

— Par diez que siento, dijo en voz baja al Velludo, que nos viéramos la otra noche en la dura necesidad de matar al pobre Duarte. Era un buen hombre, y desde el año de 1238 que nos conociamos,

no habíamos tenido nunca un quítame allá esas pajas.

— Él se tuvo la culpa, repuso el Velludo en el mismo tono: se empeñó en que no habia de dejarnos entrar á sacar á vuestro amo, y no hubo mas remedio que dejarle muerto en el sitio. Pero lo que me admira, y el diablo me lleve si lo comprendo, es cómo Usdrobal nos introdujo hasta allí sin que nadie nos viese.

— Fue una emboscada muy bien dispuesta, respondió Nuño: ya se ve, Duarte, como que no aguardaba el ataque, abrió el calabozo y nos colamos nosotros dentro. Me acuerdo que en Sevilla hicimos lo mismo un dia al abrirse las puertas, pero...

— Buen chasco se habrá llevado Saldaña, interrumpió el Velludo, cuando encontrase en lugar de su enemigo tendido en tierra al pobre escudero como un cuero de vino horadado. Por la Virgen de Covadonga que me alegro mas de que se la hayamos jugado asi que si hubiese ganado una batalla.

Apenas acababa de decir esto, cuando

oyeron que el señor de Iscar exclamó levantándose al mismo tiempo :

— Gracias á Dios ; allí viene.

Volvieron la vista á ver quién era, y vieron á Usdrobal que se acercaba.

Pero la lentitud con que caminaba , y cierta espresion de tristeza en su rostro, agena por lo regular de la fisonomía de aquel jóven, daban bien claramente á entender que las nuevas que traía debian ser poco satisfactorias. Hernando impaciente se interpuso en su camino de un salto.

— ¿Qué traes, le dijo, bueno ó malo?

— Malo, repuso Usdrobal sin levantar los ojos del suelo; lo peor que podiais esperar.

— Hablad pronto, respondió el caballero todo azorado; decid.

— ¿Ha asesinado quizá Saldaña á doña Leonor? preguntó Nuño, á quien no se le pegaba la camisa al cuerpo, temeroso de la seguridad de su ama.

— Es peor, replicó Usdrobal con despecho : dejadme os lo contaré. Sal-

daña supo vuestra fuga, señor don Hernando, y no teniendo medio de rendir la constancia de vuestra hermana, determinó que sacasen al patíbulo en vuestro lugar á Duarte, á quien habia hallado muerto.

— Basta, gritó el de Iscar con voz de trueno: mi hermana ha faltado á su juramento...

— Leonor... Leonor, dijo Usdrobal interrumpiéndole, ha prometido su mano á ese asesino, y pasado mañana ha de celebrarse la boda.

— ¡Maldicion! exclamó el de Iscar rechinando los dientes: tú lo oyes padre mio; tu hija ha renegado de tí y ha deshonorado tu nombre. Pero yo renegaria de mi religion, dejaria de llamarme como me llamo sino impidiese esta boda, sino arrancase con esta daga el corazon de la infame que para tu baldon engendraste. Amigos mios, ayudadme á lavar mi afrenta, ayudadme á lavar con la sangre de esa perjura el borron que ha hechado sobre su hermano. Maldita, maldita sea,

y ojalá que el día de su boda sea el último de su vida.

— PODEIS contar conmigo, dijo Usdrobal con poco menos calor que el puntilloso Hernando: sí, yo juro que no seré el último en clavar mi puñal en el corazón de Saldaña. Partamos si quereis ahora mismo; yo solo penetraré en la estancia de ese malvado, y allí, allí, delante de la que va á ser su esposa, le coseré á puñaladas. ¡ Infiel! ¡ Infiel!

No menos irritaba el amor á Usdrobal que al caballero la honra, y no parecia sino que un mismo sentimiento los animaba. Habia reventado en el corazón del primero el volcan de los zelos, hasta entonces sufocado por el respeto que su mismo amor y la noble condicion de Leonor le inspiraban, y aunque habia dado siempre por mentidas ilusiones sus esperanzas, y nada le habia ella prometido en su vida, tachábala de ingrata y maldecia su inconstancia, no pensando sino en que iba á poseerla otro hombre, mientras él por premio de su cariño no habia mere-

cido siquiera una mirada de compasión.

Habia quedado Nuño atónito de lo que oía, y por sus enjutas mejillas, surcadas ya por la edad, corrian algunas lágrimas que le hacia derramar el borron que á su entender ya habia caido sobre la noble familia de Iscar por culpa de su señora. El Velludo era el único que habia conservado su acostumbrada presencia de espíritu.

—¿Y cómo no has podido, dijo á Usdrobal, avisarla de que no era don Hernando el que iban á ajusticiar?

—¿Creeis, repuso el zeloso mancebo, que si hubiera podido hablarla no lo hubiese yo hecho? De dia y de noche hace ya mucho tiempo que vive rodeada de guardias y mugeres que observan continuamente sus pasos. Poco me hubiera dado morir, pero... ¡ah! ¡ojalá, ojalá que hubiese yo muerto por ella, y que ella me hubiese visto morir!

—Pero vos, señor caballero, repuso el Velludo dirigiéndose al de Iscar, de-

beis perdonarla : al cabo lo ha hecho únicamente por libertaros la vida.

— ¡La vida! exclamó Hernando; y para salvarme la vida me ha asesinado la honra.

— Pero en fin, continuó el Velludo, ¿qué se pierde haí mas que una muger?

— Una muger, sí, una muger que era mi hermana, que era mi propia sangre, que era la mitad de mi vida. ¿Y quién sois vosotros ¡vive Dios! para comprender siquiera lo que yo siento? ¿Quién sois vosotros para hablarme á mí de mi hermana? Si quereis ayudarme para que mi venganza sea tan pública como mi afrenta, seguidme; sino, yo solo basto, yo moriré ó triunfaré, y quedaré de las dos maneras vengado.

— No hay duda, respondió Usdrobal, el agravio exige venganza: yo os acompañaré... ahora mismo... ¿por qué detenernos?

— ¿Y es pasado mañana el dia de la boda? preguntó el Velludo, que habia que-

dato pensativo mientras ellos hablaban.

— Sí, pasado mañana, repuso Usdrobal.

— La fiesta será brillante; las puertas del castillo estarán abiertas; los soldados de la guarnicion sin armas y emborrachándose muy descuidados, continuó el Velludo como si estuviera hablando entre sí; pasado mañana se puede dar un buen golpe: el rey y Sancho Saldaña... si los cogiese yo en mi poder...

— ¿Qué pensais, capitán? interrumpió Usdrobal.

— Una friolera, nada mas que volver la tortilla, y por último lo peor será volvernos como hemos ido.

— Pasado mañana, dijo el de Iscar, Nuño, tú y yo iremos disfrazados al castillo de Cuellar. Sí, padre mio, exclamó levantando los ojos al cielo, pasado mañana tu maldicion se cumplirá en tu hija: no, no la verás esposa de Sancho Saldaña, ó iré yo á juntarme contigo en el otro mundo para maldecirla y gozarme en su degradacion.



— Y yo tambien os acompañaré, prosiguió el Velludo ; pasado mañana habrá sin duda un soberbio banquete , á donde acudirán cuantos quieran. No faltarán tampoco estos pobres muchachos, continuó señalando á su gente , y por la Vírgen de Covadonga que aunque el caso sea peliagudo , tal vez pasado mañana á la noche nos sirva el castillo de Cuel-  
llar de alojamiento , y de prision á los que ahora lo habitan.

— ¿Qué decís? exclamó Hernando sorprendido del atrevido plan que acababa de bosquejar el Velludo. Marchemos cuanto antes. Oh , hermana mia , yo te doy gracias , sí , mil y mil gracias , si tu infame comportamiento nos proporciona completo triunfo.



---

**CAPITULO ULTIMO.**

---

¡ Dulce , voluptuosa remembranza !  
¡ Completa , satisfecha , y mas hermosa  
que del cielo el azul , es mi venganza !

( *De don Luis Usor y Rio.* )

**B** Brilló en fin el dia tan deseado de Saldaña , tan triste para Leonor y tan aborrecido para el de Iscar. El sol en todo su esplendor iluminaba el terso azul de la esfera , y la apacible brisa de otoño bañada en luz derramaba nueva vida á los campos , y la tierra parecia estar acorde aquel dia con el cielo , y á par que el horizonte amanecia sereno y sin una nube , mil señales de júbilo y regocijo , cantos de alegría , son de campanas , músicas , danzas , alegraban la ciudad de Cuellar , su tétrico castillo y sus ateridos contornos , porque era el dia feliz en que Sancho Saldaña iba á tomar á Leonor por esposa , en que la paz debia renacer

en su alma , hasta entonces tan agitada de tantos remordimientos y agoviada de tantas penas , y el rey y el vasallo mas infeliz debian tomar igual parte en las fiestas y en los banquetes , y engalanarse y regocijarse aquel dia. Todo era júbilo, todo paz , todo felicidad , y el mundo de las ilusiones habia en fin convertido sus sueños en realidades , y la imaginacion mas ardiente , el alma mas pura podia gozarse , satisfecha completamente en los brillantes objetos , y en el contento general que respiraban el cielo y la tierra, embalsamados en los perfumes del deleite y de la alegría.

Ondeaba la bandera del señor del pueblo sobre las altas torres de la fortaleza , en cuyas almenas brillaba asimismo el pendon de Castilla rodeado de otros mil estandartes de los caballeros que acompañaban al rey , cada uno de ellos honrado por una lucida guardia de soldados escogidos y armados de punta en blanco , de cuyas corazas , heridas del sol naciente , brotaban rios de luz que asi

pasmaban el ánimo, como deslumbraban la vista. Oíanse acordes músicas en los salones del alcázar, en la esplanada, en los patios, en todas partes, y los soldados vestidos de gala, los moros y las jóvenes del pueblo ataviadas con sus trages del día de fiesta, iban, venían, bailaban, cantaban, y se mezclaban unos con otros en buena paz, ya olvidados de las pasadas rencillas. Todas las puertas del castillo estaban abiertas, echados los puentes levadizos y adornadas las puertas, las almenas y las ventanas con orlas de flores entretejidas con tal arte que en cada una de ellas se hallaban juntas las cifras de los nombres de los dos esposos, y era de ver coronadas las ventanas todas de hermosas damas ricamente prendidas y con sus chapadas ropas, y de cortesanos caballeros que en dulces requiebros y amorosas risas hacían alarde de sus ingenios y agradable galantería, y todo era movimiento dentro de la fortaleza, desde las cocinas hasta las torres, y desde las cuadras de los soldados hasta los magní-

ficos salones de la grandeza. Aquí era ver un marmiton todo tiznado de hollin que perseguia á algun muchacho á quien habia hallado ; terrible delito ! probando los guisos con el dedo ó escamotando algun par de perdices ; alli tres ó cuatro robustos cocineros salaban puercos y toros para el banquete que en la esplanada y los patios debia servirse á todo el mundo, y que hacian relamerse los labios á mas de un pobrete de los que esperaban el gaudeamus ; otros repartian vino generosamente á infinidad de mosquitos sin alas que acúdian al olor como si los llamaran ; algunos arrojaban dinero al monton , y hombres y muchachos á la rebatiña se empujaban, se pegaban y se rompian las narices por atrapar un maravedí , con mas codicia que si fueran á ganar un reino , dando ocasion de risa á los que miraban : atravesaban las salas multitud de pages galanamente vestidos , resonaban las espuelas de los caballeros, sentíase crugir la seda al andar las damas , que atraían con su hermosura , y

\*

aun mas con su refinada retrechería , las miradas de todo el mundo ; reían unos, cucheaban aquellos , estos disputaban , y las voces , los cumplimientos , las burlas, las carcajadas presentaban un cuadro lleno de vida, de ruido y de movimiento. Mezclábase á este confuso rumor que resonaba en los salones y galerías el alegre son de las músicas, el estruendo de las campanas, la algazara , los vivas , los bailes , el confuso alboroto de la multitud , y no menos divertia la variedad de trages y de colores , que como el campo cubierto de flores en la primavera , asi en desacorde ondulacion desvanecian á par que recreaban la vista.

Pero nada era comparable al lujo y la magnificencia con que estaba adornado el salon donde habia de celebrarse la fiesta , y en donde se hallaba reunido cuanto el ingenio humano habia creado hasta entonces para satisfacer el orgullo y la comodidad de los hombres. Ricas alcatifas , sillones de marfil elaborados de oro , dos espejos , uno de metal y otro de

cristal de Venecia, joya entonces rarísima y de extraordinario valor, tal era la pompa que el señor de Cuellar habia desplegado en aquella estancia, y solo algun petimetre de nuestros dias hubiese motejado de mal gusto un tablado de pino como de una vara de alto que se estendia en el último término de la habitacion, como unos cinco pies de largo, cubierto de una alfombra vieja, donde debian representar algunos pasos de su invencion los juglares que habian venido al olor de la fiesta. Pero como no es dado á todos los hombres tener talento, es signo de éste que aquellos traten de humillar siempre al que es por su ingenio superior á ellos, y entonces, lo mismo que ahora, ser poeta era poco menos que estar en pecado mortal. Defendian la entrada de esta soberbia cuadra cuatro maceros del rey, que con mucha gravedad hacian centinela, dos á la puerta y otros dos bajo un dosel que cubria dos asientos destinados sin duda para los reyes, y puestos junto al tablado para que gozasen de la

representacion , como tambien otros dos escaños mas bajos para los novios, á quienes servia el rey de padrino y de madrina la reina. Hormigueaban á la puerta los pages , unos asomándose á ver la estancia , otros hablando entre sí , impacientes todos por lo que el rey tardaba en venir , y porque no empezaba la fiesta.

— Pues hoy Saldaña debe de estar muy contento , decia un page barbilucio á otro compañero suyo.

— Qué sé yo que te diga , respondió el otro ; lo que sé es que esta mañana le vi cuando amanecia , y no pienso haber visto en toda mi vida cara mas triste.

— Como que en toda la noche ha dormido, segun me ha dicho García, que se ha quedado con él en su cuarto , repuso otro tomando parte en la conversacion , empeñado á cada instante en que veía una mora con un puñal... vamos... loco perdido.

— Anda , replico el primero , ya le



curará la locura Leonor de Iscar, que voto va que aunque está algo ajada es mas linda que ninguna de cuantas andan por aqui haciendo dengues muy peripuestas.

— Lo que yo siento es que tardan tanto en salir, repuso el segundo, y vive Dios que me temo que no se han de casar todavía.

— Todo puede ser, respondió una voz para ellos desconocida; y volviendo á ver quién era, hallaron un peregrino con su esclavina cubierta de conchas y un bordon en la mano, que entre la confusion y el bullicio habia logrado introducirse hasta alli.

— ¡Hola! tambien estás tú por acá, dijo un page: ¿y qué sabes tú de lo que estamos hablando?

— Yo nada, respondió Usdrobal, que era sin duda el disfrazado con aquel trage, sino que sucederá lo que Dios quiera, y por eso he dicho que todo puede ser todavía.

— Par diez que nos has sacado de

una duda con lo que has dicho, y lo que has de hacer es irte de aquí cuanto antes.

— No, no, gritaron todos rodeándolo; lo mejor será que nos cante alguna canción y le daremos limosna.

— Dádmela, respondió el peregrino fingido, que quería gastar tiempo, y os cantaré aunque sean dos.

— ¿Estais locos? repuso el page descontentadizo: ¿quereis que se ponga aquí á cantar este hombre, y que venga el rey entre tanto?

— Tiempo hay, replicó otro de los que le querían oír cantar.

— Sí, sí, respondió Usdrobal, yo cantaré mientras viene el rey.

Y habiendo tosido para limpiarse la garganta, escupió á un lado, y ya iba á entonar la voz, cuando se oyó abrir una puerta, y el grito de *el rey, el rey*, corrió de boca en boca al momento. Este aviso hizo olvidarse á los pages del peregrino, á quien dejaron solo, acudiendo á formarse en dos filas dejando un claro en medio para la corte, mientras Usdrobal

se escondió y agazapó como pudo para no llamar la atención.

Abrian primeramente la marcha hasta veinte y cuatro maceros con sus mazas al hombro vestidos ricamente de gala, seguian despues los monteros de Espinosa, y detras de ellos venian el rey y la reina, trayendo cada uno á su lado á sus dos ahijados Saldaña y Leonor, que aunque lujosamente adornados, mas parecia que caminaban al suplicio que no al altar de himeneo. Notábase en los semblantes de los augustos padrinos tanta alegría y afabilidad, que seguramente formaban un contraste particular con los de los novios. Cualquiera habria creido que aquel dia el rostro de Saldaña se hubiera en fin despejado de la negra nube que le habia hecho sombra hasta entonces, y sin embargo veíase pintado en él el terror, y sus ojos, que apenas se atrevia á fijarlos en su futura esposa, giraban acá y allá como receloso de alguna traicion, ó cual si buscára alguno entre los que alli estaban á quien temiera encontrar, no

obstante que le buscaba. Leonor por su parte, triste, los ojos bajos, pálida, indiferente á todo, parecia una víctima engalanada para el sacrificio, y con inciertos pasos y negligente abandono obedecia á un vago sentimiento de instinto, siguiendo los pasos de su madrina, que en vano con la mayor dulzura á veces en voz baja hablaba. Su alma habia llegado á quedar insensible á fuerza de padecer, y solo algunas lágrimas que se esforzaba á contener, pero que observaron muchos de los que estaban presentes, manifestaban que aun conservaba en ella cierto sentimiento tan poderoso que se las hacia derramar. Tambien Usdrobal habia echado de ver que lloraba, y tuvo que apartar de ella la vista para no perder el sentido. Detras de ellos, en fin, seguia una numerosa comitiva de damas de la reina y de caballeros, y cuando entraron todos en el salon ocuparon cada cual su asiento segun su categoría, y á una señal del rey se abrió una puertecilla secreta que caía al tablado, y cuatro hombres, ves-

tido uno de médico, otro de alfaqui ó sacerdote moro, y los otros dos uno tambien de árabe y otro de caballero cristiano, aparecieron en el escenario. En gran risa prorumpió dando palmadas todo el concurso al verlos, puesto que los dos moros se habian adornado tan ridiculamente, y salieron haciendo tales gestos, que no hubo alma cristiana que no se regocijase de verlos.

— Mirad, Saldaña, dijo el rey á su ahijado, y dejad por Santiago vuestro mal humor.

— Sí, ya miro, replicó el de Cuello, y me alegro que sea la fiesta del gusto de vuestra alteza.

La reina dijo tambien algo á Leonor, que la respondió maquinalmente.

Entre tanto los cuatro juglares recitaron una especie de loa en versos alexandrinos muy larga y bastante mal hilada, en alabanza del rey y la reina, y de los dos esposos, sin olvidar tampoco al ilustrado público, de que mas de la mitad se habia dormido, y la otra mitad ó hablaban unos

con otros ó bostezaban. No obstante la loa parecia bien á todo el mundo, y todos aplaudieron unánimes, persuadidos de que era lo mejor que habian dejado de oir en su vida. Sonó en seguida algunas fanfarrias la música, que despertaron á los mas tenaces, y los cuatro histriones empezaron despues á representar no una tragedia greco-francesa-clásica á lo Racine, no alguna hermosa creacion romántica á lo Shakespeare ó á lo Calderon, no siquiera una farsa, un sainete, un entremés, sino un tejido de disparates é insultos que unos á otros se dirigian en versos compuestos allí de repente, que hacian morir de risa á los espectadores, para quienes no habia cosa mejor en el mundo. Nosotros procuraremos dar una idea de esta funcion, puesto que nunca puede ser exacta por faltarle la parte mímica, que era lo que con mas expresion y gracia desempeñaban. Reducíase el poema á suponer que el médico y el alfaqui disputaban sobre religion y se injuriaban de palabra y de obra, hasta que llegando el otro moro los trataba de

separar en nombre del Zancarron, á lo que el alfaqui se detuvo, pero el médico seguia mas furioso y los insultos cruzaban de una parte á otra como flechas envenenadas. Llegaba entonces el caballero cristiano, y diciendo y haciendo tiraba de la espada y arremetia á todos juntos: en esto sonaba una trompeta, salian mas moros, y el caballero los ponía en fuga con su valor sobrenatural, teniendo el público el placer de quedar sorprendido al saber que aquel caballero era Santiago en persona que venia á ofrecer su espada y á hacerse armar caballero por el rey don Sancho el Bravo y la reina su esposa, que le habia de calzar las espuelas, gracia que esperaba alcanzar en tan fausto dia, concluyendo su relacion con pedir perdon no á Dios, sino al público, de las faltas que pudiera haber cometido. El saludo de los cristianos á los moros era el siguiente:

Hola, á Dios Alcuzcuz; el cielo quiera abreviar de tus dias la carrera.

Con no menos cortesanía y buen deseo

contestaba el moro, puesto que como eran cristianos los cómicos y los espectadores, los pobres musulmas siempre solian llevar la peor parte.

Tal era el acertado plan de este drama, que si carecia de ingenio rebosaba al menos de majadería, y no pertenecia de ningun modo al género soporífero, como la loa y algunas obras clásicas de nuestros dias, sino al disparatado risible en que campea la locura. Y ya estaban terminando la representacion, cuando un grito histérico resonó al otro extremo de la sala detras de los espectadores, que hizo estremecerse á muchos y volver á todos la cara hácia el sitio de donde habia salido. Pero no vieron á nadie y todo quedó en silencio al momento, y solo oyeron la voz de Saldaña que se habia puesto en pie, desencajando el semblante, y que dijo:— ¡Ella es, ella es, que viene á anunciarme mi muerte!

Suspendióse la representacion, pusieronse en movimiento, y hasta el mismo rey pareció algo turbado con aquel



alharido fúnebre que como por encanto de algun ser sobrenatural parecia que habitaba invisible en aquella estancia. Leonor aterrada se abrazó estrechamente á la reina, que con no menos sobresalto temblaba de pies á cabeza, sin saber á quién atribuir aquel grito que habia helado hasta el tuétano de sus huesos, y todos agoraron mal de la boda que bajo auspicios tan tristes iba ya á celebrarse. Hasta los mas despreocupados no supieron á qué atribuir aquel alharido, semejante al que podria lanzar un hombre en el tormento, que todos habian oido, pero que nadie podia imaginar siquiera la boca de donde habia salido. No tardó el rey sin embargo en recobrar su serenidad, y dando por supuesto que aquel grito procedia de alguno que se hallaba en el próximo corredor, dió orden á los maceros para que despejasen la gente que se habia agolpado, y mandó que prosiguiese la fiesta.

— Serenaos, dijo á Saldaña en voz baja, y mostrad el ánimo que á un caballero conviene: sobre todo no esteis así, y

hablad algo á Leonor, que parece que sois de piedra.

— ¿Y qué he de decirla yo, que he hecho su infelicidad?

— Amigo mio, repuso el rey, eso hubiera sido bueno considerarlo antes. Ahora ya es tarde, y es preciso hacer de tripas corazon. Señora, prosiguió dirigiéndose á Leonor, esforzaos y no tengais miedo, que entre amigos estais que os defenderán si fuese preciso.

Leonor en aquel momento pensaba en la maldicion de su hermano, y envilecida á su parecer no hacia sino rogar á su padre que desde la mansion celestial mirase su flaqueza con ojos de misericordia. Los dos novios eran sin duda los mas tristes y los mas desdichados de cuantos habian concurrido á la fiesta, y que tal vez enviaban su suerte en aquel instante. ¡Con qué placer la hubieran ellos trocado por la del mendigo mas despreciable!

Entre tanto el bullicio en los patios de la fortaleza y en la espaciosa esplanada crecia á cada instante con la llegada

de nuevos huéspedes que de los pueblos de las cercanías desembocaban en aquel mar de hartura y de borrachera. Peregrinos, soldados, labriegos, mendigos, en fin, cuantos vagabundos ha criado la divina providencia, cuantos hombres y mujeres de buena y de mala vida habitaban aquellos contornos, otros tantos eran los que acudían, habiendo llegado á entrar tantos en el castillo, que por buena providencia hubo de no permitirse la entrada á nadie cuando ya era imposible que cupiesen más, y se sacaron toneles de vino y comida en abundancia á las calles de la ciudad y al campo, donde ya podía contarse que cada hombre cabía á borracho por barba sin errar la cuenta en un ápice. Notábase empero entre tantos alegres alguno ú otro pensativo y meditabundo, puesto que distraído observaba las cuadras de los soldados, reparaba en la fuerza de gente que estaba sobre las armas, y se introducía en todas partes sin volver nunca atrás sino cuando algún centinela le impedía pasar adelante. Llevaba

uno de ellos, pues eran tres los que se observaban que andaban juntos, un traje de peregrino y un sombrero tan ancho de alas que le cubrían todo el rostro, mientras envueltos los otros dos en sus anchas capas, á la antigua usanza castellana (1), le seguían uno detras de otro, y al andar hubiérase dicho que llevaban armas á juzgar por cierto ruido casi imperceptible en medio de aquel estrépito, pero que poniendo cuidado solía sentirse de cuando en cuando. Hablábanse al oído á veces, mirando antes si alguno los observaba, separábanse, perdíanse en la confusión, hablaban con algunos de los que andaban por allí en secreto, juntábanse al cabo de un rato y volvían á hablarse con mucho misterio, y recatándose de todo el mundo.

— No es tan fiero el leon como lo pintan, decia el que iba vestido de pere-

(1) Ahora y en nuestros dias no hay castellano viejo que no asista con su capa parda á las fiestas del lugar, y es el traje de ceremonia que usan cuando van á casarse y en cualquier funcion de etiqueta.

grino: dígolo porque hasta ahora nuestra empresa no me parece descabellada.

— En el año de 1200... repuso uno de los de las capas.

— Dejados ahora de fechas, interrumpió el otro. ¿Usdrobal, sabeis dónde está?

— No tengais cuidado, respondió el de la esclavina, que ya sabe lo que se hace, y nos avisará cuando sea tiempo. Separémonos, separémonos, que alli está Martín Gutierrez y no hace sino mirarme.

Separáronse en efecto, porque como decia no quitaba ojo de él hacia rato el gefe de los aventureros, empeñado en encontrar cierta semejanza entre el Velludo y aquel peregrino, en lo que no andava quizá muy equivocado, como ya habrá adivinado el lector, que no necesitará tampoco que le digamos que los otros embozados eran Nuño y su amo el señor de Iscar. Confundióse, pues, el Velludo entre la muchedumbre, donde la mayor parte eran de su gente, que esparcidos entre las turbas de vagabundos llevaban ocul-

\*

tas sus armas bajo sus ropas, y prontos á reunirse en ciertos puntos ya marcados á una señal de su capitán. Habian acompañado varios de ellos á Usdrobal, que como ya hemos visto conocia bastante bien algunos secretos de la fortaleza, siendo la intencion del Velludo tener repartida su gente de tal manera que fuesen sorprendidas las guardias y tomadas todas las avenidas en el momento mismo que aquel diera la señal de alarma. El amor habia hecho á Usdrobal desobedecer en parte la orden que le habian dado, no habiéndose dirigido inmediatamente adonde debia por ver pasar á Leonor; pero cuando volvió de su turbacion no tardó en colocar su gente en los sitios mas convenientes, disponiéndose al mismo tiempo á subir á la torre principal, y desar-  
mar los que guardaban el pendon de Castilla y la bandera del señor de Cuellar. Acometerlos y levantar en lugar suyo la enseña de los rebeldes todo habia de ser en un punto, siendo este el momento en que el de Iscar, Nuño y el Vellu-

do habian de apoderarse , cada uno al frente de su peloton , de las armas de sus enemigos , de las salidas del casti- llo y de los puentes levadizos , mientras otros promoverían el desorden por to- das partes y darian muerte á cuantos se resistieran. Tal era el volcan sobre que paseaban sin temor el rey y sus cortesa- nos , confundido entonces el ronco hervi- dero de sus entrañas entre el rumor de la multitud festiva , tales los planes que la ambicion y la venganza maquinaban , y el sol en todo su esplendor derramaba sus rayos desde el cénit alegrando como antes la tierra que pronto iba á inundarse en torrentes de sangre , y á cubrirse de luto y desolacion.

La fiesta seguia , la multitud no ce- saba , y el regocijo era general. Arriba mismo en los salones se habian olvidado ya del tremendo grito , y fueron tales los chistes y tan ridículos los mohines de los juglares , que hasta Saldaña se sonriyó. Leonor misma parecia ya mas resignada á su suerte , y oía con gusto los consejos

que la daba la reina con la mayor dulzura , dirigidos todos á confortarla y darla ánimo para sufrir su destino con paciencia y resistir con valor á la adversidad.

Acabaron de bailar los histriones , y despues de haberse retirado colmados de aplausos y de regalos de la grandeza , pasó el rey y su comitiva á otra sala no menos ricamente adornada , donde un espléndido banquete les aguardaba. Habia alli varias mesas ademas para los caballeros que , aunque no eran de la comitiva del rey , estaban convidados por el señor del castillo , ó se habian ellos convidado á sí mismos. Y las mesas, servidas con profusion , como podian dar cabida á mucha mas gente , no se resentian de esta carga de pajaritos que quizá habrian hecho temblar el convite mas opíparo de nuestros dias , ni se trajo , ni se aumentó nada mas , puesto que nadie , como ahora se estila , anduvo con melindres con la comida. En esto estaban , y ya el Vellido impaciente no hacia sino mirar á la torre de donde debia Usdrobal dar la



señal. Hernando tenia ya apercebida su gente para embestir, y Nuño no acertaba cuál podia ser la razon por qué Usdrobal no cumplió la orden, cuando uno de los pages se acercó al rey, y habiendo hincado la rodilla en tierra, con gran sorpresa de todo el mundo le pidió un instante de audiencia, porque en lo que tenia que decirle le iba á él la vida y á cuantos alli estaban. Pasmáronse todos, sobresaltóse Saldaña, y el rey se levantó de su asiento, y habiendo salido con el de Cuellar á otra estancia:

— Par diez, dijo al page, ¿qué tienes que decirme? y mira bien que no mientas, porque juro á Dios que te hago ahorcar si por divertirte has puesto en tanto susto mi corte.

— Podeis hacer de mí lo que mejor os parezca, repuso el page con serenidad: mi deseo es salvar á vuestra alteza y á todos sus servidores de un peligro que una casualidad acaba de descubrir. En la esplanada, ahora poco, armaron dos hombres una pendencia, echaron mano á las

dagas, y á pesar del gentío que trató de impedir la quimera se acometieron. Rajó el uno al otro el pecho del primer golpe, acudieron todos á socorrerle, y Gutierrez, el gefe de los aventureros, llevó á los dos presos. En este momento el herido empezó á pedir confesion y á decir que queria revelar un secreto del cual dependia la vida de vuestra alteza. Llegó alli un fraile, y cuando el herido iba á hablar, un hombre arrojado, vestido de peregrino, rompió de un salto por medio de los soldados, llegó á la angarilla donde le conducian, y le clavó tales dos puñaladas que le dejó muerto en el acto. Hizo todo esto en un abrir y cerrar de ojos, de suerte que no lo habian visto hecho cuando ya el agresor habia desaparecido entre la multitud. No obstante, Martin Gutierrez dice que apostaría á que es el Velludo, y por si ó por no ha hecho á sus aventureros tomar las armas.

— ¡Por el Velludo! dijo el rey con desprecio; ¡y habia de tener un caballero miedo de un miserable bandido!

— Vuestra alteza se engaña mucho si desprecia á ese hombre, puesto que á él solo y como bandido tambien le tengo yo en poco, replicó el de Cuellar, pero...

— ¿Y no hay mas que eso? interrumpió el rey dirigiéndose al page.

— Sí señor, mas hay, replicó, porque aunque el Velludo mató á uno para que callara, el tormento ha hecho hablar al otro, y ya se sabe que estan aqui dispuestos á dar un golpe Hernando de Iscar, el Velludo y otro, que segun se suena se hubo de desertar de los aventureros hace ya mucho tiempo.

— ¡Hernando de Iscar! exclamó Saldaña.

— Sí, un caballero que está en una gavilla de ladrones, replicó el rey, sin crédito ni opinion, y despreciado hasta de su misma hermana. ¿Y no los han puesto presos?

— Señor, repuso el page, se sabe que estan, pero no quiénes son.

— Está bien, retírate. ¡Já! ¡já! una

cáfila de villanos, dijo el rey cuando el page volvió la espalda, riéndose á carcajadas mientras oyó sus pasos que se alejaban. Pero luego que conoció que nadie podia escucharle, acercándose á Saldaña continuó:

— El plan es diabólico; pero es menester que nadie conozca nuestro temor, porque se acabaria la fiesta al momento. Id, dad la orden á los capitanes de mas confianza para que al lado de cada hombre que se presume siquiera que lleva armas coloque dos de los nuestros que no le pierdan nunca de vista, y que le prendan si pueden sin alborotar, que nuestros arqueros con el arco tendido escuchen ocultos desde las torres y las ventanas, que los puentes levadizos queden en falso, y que toda la tropa esté sobre aviso en sus cuadras. Cuidado, Saldaña, que es preciso disimular, y sobre todo con Leonor. ¿Me entendéis?

— Yo haré un esfuerzo, y callaré por lo menos, contestó Saldaña.

Y saliendo de alli en seguida, no tar-

dó en arreglar la gente como capitán veterano, y tomar, además de las del rey, las disposiciones que le parecieron más convenientes. El rey volvió al festín burlándose del miedo del page que tanto había sobresaltado á todos, lo que sirvió de pasatiempo á los cortesanos, que hicieron con este motivo su chiste, y aunque á Saldaña no se le vió venir tan alegre, nadie hizo alto no obstante, acostumbrados á verle siempre de mala cara. La desdichada Leonor apenas había hablado tres palabras durante todo aquel día, y no osaba siquiera preguntar por su hermano, á quien ella creía todavía en el castillo en rehenes hasta que se celebrase su casamiento. Pero en donde todo había ya cambiado de aspecto era en los patios. El Velludo había mudado de traje, Usdrobal no había podido dar el golpe por falta de gente, Hernando veía que sus planes iban á malograrse, y no tardaron los tres mucho tiempo en conocer que los vigilaban, y que prevenida, como ya estaba, la guarnición del cas-

tillo , era imposible llevar adelante la empresa.

— Debemos, dijo Hernando, desistir de lo que ya fuera una temeridad, y vos, Velludo, debeis retiraros con vuestra gente.

— ¿Y vos? preguntó el Velludo.

— Yo me quedo á completar mi venganza y á morir.

— Y yo con él, repuso Usdrobal; y Nuñó afirmó lo mismo, aunque movido de muy diversas causas que aquel.

Dudó el Velludo un momento sin decidirse á nada; pero habiendo pensado cuán imprudente sería quedarse él allí únicamente á morir, determinó retirarse, aunque muy á su despecho, y enojado de haber errado aquel golpe que debia haberle colmado de gloria.

— ¿Es posible penetrar en donde está ahora Leonor? preguntó su hermano luego que el Velludo se retiró.

— Ahora, respondió Usdrobal, no déjan entrar á nadie en la fortaleza.

— ¿Y entonces ¡vive Dios! qué hacemos?

— Al anochecer en la capilla, repuso Usdrobal; yo os llevaré, y nos mezclaremos con los de la comitiva del rey. Es el momento de la venganza.

— Está bien, replicó el caballero, y se separaron.

Entre tanto el atildado dean de Valladolid, vestida ya la estola sobre sus clericales ropas, aguardaba ya la hora en la sacristía, y ya estaba toda la iglesia iluminada soberbiamente con infinidad de hachas de cera, cuyo esplendor formaba cierto contraste con su arquitectura gótica, sombría y temerosa, y el color oscuro que los años habian prestado á sus muros. Veíanse á un lado y otro varios sepulcros de los antiguos dueños de aquel castillo, y sobre ellos algunas estátuas de piedra toscamente trabajadas, unas de rodillas sobre la losa, y otras de pie en actitudes guerreras: y presentaba aquel sagrado recinto una mezcla de magestad y tristeza, una confusion de luz y de sombras mas facil de imaginar que de describir. Sonó en fin la hora, y las es-

puelas de los caballeros y el rumor de los pasos que sonaban sordamente el eco, anunció la llegada del rey con su comitiva. Ocuparon los que componían ésta, divididos en dos hileras, los dos frentes de la capilla con el mayor silencio, y, algunos entre columnas ó arrimados á los sepulcros, hubiérase creído que eran sus habitantes que dejaban las tumbas para asistir á las bodas de su nieto con la desventurada de Iscar. Ocupó el dean con sus dos acólitos la parte de la baranda de hierro que caía al altar, y los novios, teniendo cada uno su padrino y su madrina á su lado, se arrodillaron sobre dos cojines árabes de la otra parte. Todo estaba en silencio, y ni una tos ni un murmullo interrumpía la magestad de la ceremonia.

Una voz resonó como un trueno en aquel instante ¡*muera!* y tres hombres con sus espadas desnudas se arrojaron del fondo de la capilla hácia el altar. Pero mas de veinte se lanzaron al mismo tiempo delante de ellos y los detuvieron pe-



leando, mientras otros gritaban: — ¡*Profanacion!* ¡*Anatema!*

Los tres hombres se resistían, y aun adelantaban terreno: la desesperación parecía que les prestaba fuerzas, y á cada golpe caía en tierra uno de sus enemigos. En vano era el número, en vano el arrojo de sus contrarios, en vano estaban ya cubiertos de heridas, que ya se habrían pasado entre la multitud, y dos de ellos, dos sobre todo, hubiérase dicho que eran inmortales, y que su espada era la del ángel del esterminio.

Ya habían logrado llegar hasta la mitad de la capilla; su camino era un reguero de sangre, sus espadas al reflejo de las luces parecían de fuego, sus ojos ascuas al través de las barras de la visera, y ya empezaban todos á creer que eran demonios que venían por Saldaña, como presa que les estaba destinada hacia ya mucho tiempo. No fue él tampoco el último que lo pensó; pero como era hombre de valor púsose en pie, y ya iba á echar mano á su espada, cuando una sombra, un

espectro que se levantó de una tumba y se deslizó junto á la baranda con direccion á él, se puso entre él y Leonor dejándole helado y sin movimiento.

Un grito de horror retumbó entonces sobre el estrépito de las armas y las voces de los combatientes; retiráronse amedrentados los dos padrinos, y el genio del mal, que tal parecia aquella fantasma, soltó una carcajada infernal á tiempo que Leonor cayó en tierra anegada en su propia sangre. Este terrible suceso suspendió el combate y dejó á todos petrificados.

El espectro cogió de una mano á Saldadaña.

— Mírala, le dijo, mírala... muerta. ¡Tiemblas! ¿Me conoces?

— ¡Cielos! ¡Zoraida! gritó Saldadaña, y cayó sin sentido.

— Sí, yo soy el demonio que te persigue. Yo soy Zoraida: ya me he vengado de tí.

Y diciendo así tomó el camino que habia traído, y volvió á hundirse en la tumba.

Acudieron todos entonces, unos á socorrer á Saldaña, que respiraba apenas, y otros á Leonor, entre los cuales no fueron Usdrobal y Hernando los últimos, anteponiendo el amor que la tenían á su deseo de venganza. Pero ya era en valde quererla socorrer; la infeliz tenia un puñal clavado hasta el puño en el corazón.



---



---

## CONCLUSION.

---

¿Qué se hizo el rey don Juan?  
 ¿Los infantes de Aragon  
 qué se hicieron?  
 ¿Qué fue de tanto galan,  
 qué fue de tanta invencion  
 como trugeron?  
 Las justas y los torneos,  
 paramentos, bordaduras  
 y cimeras,  
 fueron sino devaneos,  
 ¿qué fueron sino verduras  
 de las heras?

*(Jorge Manrique.)*

**H**ASTA aquí la crónica de que hemos extractado esta historia, que si bien la creemos agradable, no la juzgamos exenta de defectos, y sobre todo no nos satisface la manera que el cronista tiene de resolver ciertas dudas. Tambien hemos notado algunos olvidos, y quizá haya algunas contradicciones; pero como nuestro deber era compilar y no corregir, nos hemos conformado en un todo con el original. Con todo, como si se concluyese aquí la historia quedaria tal vez disgus-

tado el lector por no saber qué se hicieron algunos personajes de ella, nosotros á fuerza de escrutinios é investigaciones hemos hallado algunas noticias que vamos á comunicarle.

Zoraida, que parece ser no murió de la puñalada que la clavó su desconocido amante, cuando pudo volvió al castillo, donde como hemos visto se valió para su venganza del conocimiento que de sus secretos tenia. Saldaña hizo donacion de todas sus riquezas á un monasterio y acabó sus dias en la Trapa, vestido de estameña y llorando sus pasadas culpas. Hernando de Iscar logró fugarse á Aragon acompañado de su fiel Nuño, donde fue bien recibido y tratado del rey con la consideracion que su carácter se merecia; y en cuanto á don Sancho, rey de Castilla, es harto conocida su historia para que tengamos que dar cuenta de sus sucesos. Restan solo Usdrobal y el Velludo; pero lo único que de aquel sabemos es que sus hazañas llegaron á alcanzarle la honra, andando el tiempo, de que el mismo Sancho el Bravo le con-

cediese la orden de caballería, puesto que se dice no recobró jamás desde la muerte de Leonor su natural alegría, y el segundo es fama que murió muy viejo sin haber abandonado su mala vida.

De allí á algunos años, habiendo hecho algunas escavaciones en el castillo, hallaron un esqueleto de muger que algunos creen que fuese el de la vengativa Zoraida, aunque la verdad es que no se volvió á saber de ella. Tal vez se reuniría con su padre y se iría con él á Aragón. Quién sabe. Y de todas aquellas grandezas, de aquellas hermosuras tan alabadas, de aquellos tan bizarros y entendidos caballeros, no queda ya sino el polvo, que ha carcomido hasta los pergaminos en que presumió eternizar sus glorias la vanidad. Sus castillos son en el día ruinas, y quizá dentro de algunos años preguntará el caminante dónde estuvieron, y los aldeanos mirándose unos á otros reirán de su pregunta sin entenderla.